

LOS CRUCIFICADOS

Llamando al remanente de los Últimos Tiempos

Charles E. Newbold, Jr.

“...Y despreciaron sus vidas hasta la muerte.”

Contenidos

Introducción

Capítulo 1 – Tres Fiestas y tres atrios

Capítulo 2 – Pasando por la Cruz

Capítulo 3 – Consumidos

Capítulo 4 – Redención

Capítulo 5 – Santificación

Capítulo 6 – Ágape

Capítulo 7 – Glorificación: De Gloria en Gloria

Capítulo 8 – Como Él es

Capítulo 9 – Entrando en Su reposo

Capítulo 10 – El Viejo Orden / El Nuevo Orden: El ser de Dios en nosotros

Capítulo 11 – Agua en Vino

Capítulo 12 – El Camino, La Verdad y La Vida

Capítulo 13 – La obra acabada de Dios

Capítulo 14 – Heredando el Reino de los Cielos

Capítulo 15 – Estando en la brecha

Capítulo 16 – La Esposa

Capítulo 17 – Sión

Oro por todos los que leáis estos libros para que Dios os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él; para que sean alumbrados los ojos de vuestro corazón; para que conozcáis la esperanza de Su llamamiento y cuales sean las riquezas de Su gloria en los santos, y cual la supereminente grandeza de Su poder hacia ti, como creyente.

Copyright © 1990 por Charles Elliott Newbold, Jr.- Todos los Derechos Reservados

Publicado por Ingathering Press
306 Cumberland Cove Road; Monterey, TN 38574 USA

ISBN 0-9647766-0-X

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Introducción

Poco después del primer día del año 1990, comencé a escribir bajo inspiración los siguientes capítulos que, para mi satisfacción, ayudan a explicar la cosa nueva que Dios está haciendo hoy: Dar a luz a un nuevo orden de Cristianos que son de la unción de Juan el Bautista (Elías), preparando el camino del Señor—el remanente de los últimos tiempos.

Son precursores del cumplimiento de la Fiesta de los Tabernáculos. Denomino a este nuevo orden de Cristianos, “los crucificados”. No escribo en mayúscula su nombre porque hacer eso violaría su misma naturaleza y propósito en el mundo hoy. Este estudio se da para identificar a los crucificados.

Lo mejor para comprender este nuevo orden de Cristianos es verlos en términos de cómo Dios mismo prefiguró eventos espirituales en las tres fiestas principales de la adoración de Israel, correspondientes a los tres atrios del Tabernáculo de Moisés.

Esto no pretende ser un estudio extenso sobre las fiestas y los atrios en sí mismos. Hay muchos sabios mucho más preparados para enseñar sobre estas cosas que yo. Muchos hombres de revelación han visto desde hace mucho tiempo cómo estas cosas prefiguraban todo lo que Cristo cumplió en el Nuevo Testamento. Solo se da lo suficiente aquí para ver específicamente como se relacionan con el llamado hacia arriba de Dios en Cristo Jesús en estos crucificados.

Ciertamente es mi oración que al estudiar este libro, te sirva para llamarte a la condición de hijo, a un caminar en total obediencia—que cambie tu vida en extremo.

Además, esta lectura debería ayudarte a llegar a un entendimiento mejor de las grandes obras de Cristo identificadas en palabras tales como justificación, redención, santificación, y glorificación, y como se relacionan unas con otras como la obra progresiva de salvación en los propósitos eternos en Dios.

Al leer, ora siempre que el Espíritu Santo te enseñe y te de un espíritu de sabiduría y de discernimiento. Es más, pídele que tome tu vida de tal forma que te lleve a la plenitud en Él.

--*Charles Elliott Newbold, Jr.* --

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 1 – Tres Fiestas y Tres Atrios

¿Por qué ordenó Dios que Israel celebrara las tres fiestas principales de la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos? ¿Y por qué hay tres atrios en el Tabernáculo de Moisés en el desierto así como en el Templo de Salomón? ¿Son éstos simplemente pensamientos caprichosos por parte de Dios? Ciertamente Dios tenía un plan en mente. Ciertamente tenía un propósito para éstos. Eran un patrón de algo aún por venir.

Las fiestas, los tres atrios, todo el mobiliario y los utensilios en el Tabernáculo y en el Templo, los rituales—creo que todo ello habla de cosas únicas en Su Reino que se cumplieron de un modo u otro en Jesucristo. Primero, Él fue el Salvador en cumplimiento de la Pascua. Después fue Santificador en el don del Espíritu Santo en el cumplimiento de Pentecostés. Finalmente, vendrá de nuevo como Glorificador en Su cuerpo glorificado con Sus glorificados a Su lado en el cumplimiento de Tabernáculos.

Los símbolos del Antiguo Testamento son ricos en lo que nos revelan hoy. Gracias a Dios, al acercarnos al gran y terrible día del Señor, que estas verdades están siendo reveladas a la iglesia y nos están llamando hacia delante y hacia arriba en Él al preparar a Su esposa para Su venida. La preparación de la esposa es la preparación para Su venida. Obran juntas.

Estas tres fiestas y atrios también revelan dónde están los miembros diferentes del cuerpo de Cristo en términos de su relación con Él. Es importante que comprendamos que podemos tener varios grados de relación con Él—no que Él lo quiera así, sino que nosotros, no obstante, en nuestros caminos tercos y egoístas, lo queremos así. Este capítulo explora la forma en qué yo veo estas diferencias en nuestra relación con Cristo.

Categorías de Creyentes

Aunque hay muchas denominaciones y variedades de grupos en el Cristianismo, yo básicamente veo cinco categorías de creyentes que se extienden por todos estos grupos. Son liberales, evangélicos, pentecostales, carismáticos y un grupo emergente que yo llamaré, por falta de un término mejor, “los crucificados”.

En su mayoría, los liberales, los evangélicos, los pentecostales y los carismáticos permanecen siendo parte del Cristianismo institucional. Mientras que la mayoría de las denominaciones tienden a encajar en alguna de estas categorías, con frecuencia hallamos una mezcla de individuos aferrándose a estas persuasiones diferentes dentro de todas ellas. Estos individuos difieren unos de otros en términos de sus doctrinas, que los inclinan hacia intereses diferentes.

La siguiente descripción es simplista y general. El espacio y el propósito no permiten una explicación más amplia.

Los liberales generalmente creen en un evangelio social y se han inclinado hacia el humanismo y la reforma social.

Los Evangélicos han predicado la expiación por sangre de Jesucristo, la necesidad de la experiencia de re-nacimiento y se han inclinado hacia el fundamentalismo.

Tanto los pentecostales como los carismáticos, han tenido en común la creencia en el bautismo en el Espíritu Santo, el hablar en lenguas desconocidas y otros dones del Espíritu. Aparte de esto, ha habido una diferencia muy vasta entre ambos grupos.

Los Pentecostales han predicado la santidad, que para ellos se lograba por medio de sistemas de códigos religiosos diseñados para controlar el comportamiento externo de sus componentes. Por tanto, se han inclinado hacia el legalismo.

Los Carismáticos (entre ellos especialmente los que están en iglesias de la "Palabra") han predicado la fe y al prosperidad, lo que los ha inclinado hacia el ego-ismo y el materialismo.

"Los crucificados" predicán a Cristo y a Cristo crucificado, y se inclinan hacia la obediencia absoluta al Espíritu Santo con todo el coste para el yo. El resto de este estudio se entrega a la identificación de estos crucificados.

Creo que estos grupos diferentes son tipificados en las tres fiestas principales del año sagrado judío, así como en los tres atrios del Tabernáculo de Moisés. Estas fiestas y atrios se corresponden con otras características que tienen que ver con nuestro avance en el supremo llamamiento de Dios.

Cuadro

El siguiente cuadro de estas correspondencias ha sido adaptado a partir de una enseñanza que escuché por primera vez del hermano difunto Bill Britton, un profeta de Dios de Springfield, Missouri. El Señor ha hecho real esta correlación para mí a lo largo de los años y además me ha añadido algún entendimiento nuevo. Otros maestros también disponen de correspondencias que confirman esto. Los siguientes paralelismos fijan de algún modo la línea de este estudio y serán explicados en capítulos más adelante.

1º	2º	3º
Pascua	Pentecostés	Tabernáculos
Muerte, Sepultura, Resurrección, & Ascensión	Derramamiento del Espíritu Santo	Segunda Venida de Cristo
Atrio externo	Lugar Santo	Lugar Santísimo
Evangélicos	Pentecostales/Carismáticos	"crucificados"
Jesús-Salvador	Cristo-Ungido	Señor-Rey
30%	60%	100%
Tradicional	"Lleno del Espíritu"	Dirigido por el Espíritu
Justificación	Santificación	Glorificación
Consumen a Cristo/Consumidos por Él	Consumidos con Cristo	Fuego Consumidor por Cristo
Redimidos por el Espíritu	Alma siendo renovada	Cuerpo a ser glorificado
Bautismo en agua	Bautismo en el Espíritu Santo	Bautismo de Sufrimientos
Niños	Hijos	Padres
Camino	Verdad	Vida

Ven el Reino	Entran al Reino	Heredan el Reino
Israel (Samaría)	Judá	Sión

Si aún no estás familiarizado con las fiestas del Antiguo Testamento y el diseño del Tabernáculo, lo mejor sería leer Levítico 23 y Éxodo 25-27 antes de proseguir.

El atrio exterior del Tabernáculo de Moisés donde se hacían los sacrificios de animales, corresponde a la Fiesta de la Pascua, que se cumplió con la muerte, sepultura, resurrección y ascensión de Jesucristo.

El Lugar Santo, con el altar del incienso, la mesa de los panes de la proposición (los panes de la preparación) y los candelabros, que ardían continuamente con aceite de oliva, corresponde con la Fiesta de Pentecostés, que se cumplió en el derramamiento del Espíritu Santo sobre la iglesia en el día de Pentecostés. (Hechos 2).

El Lugar Santísimo, donde se encuentra el arca del Pacto con el propiciatorio, corresponde con la Fiesta de los Tabernáculos (también llamada Fiesta de las Tiendas), que todavía ha de ser cumplida completamente. Una vez al año, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote entraba tras el velo al Lugar Santísimo para rociar la sangre de los sacrificios de animales sobre el propiciatorio, para expiar sus pecados y los pecados del pueblo. (Éxodo 30:10). Jesús cumplió parcialmente el día de la Expiación como nuestro Gran Sumo Sacerdote (Heb. 9:7-12).

Tabernáculos se conoce también como la Fiesta de las reuniones (Éxodo 23:16) que yo creo que representa a la gran reunión con Jesús en el gran y terrible día del Señor cuando Él regrese de nuevo.

Pienso que los diferentes grupos de Cristianos encajan en alguno de estos atrios o fiestas, dependiendo de la disponibilidad para seguir adelante en Jesucristo como Señor. Es como si algunos hubieran entrado en el Reino de Dios pero aún no hubieran heredado todo lo que les pertenece para disfrutarlo.

No pretendí ser desagradable al hacerlo, pero pongo a los liberales fuera de las paredes del Tabernáculo y prescindo de cualquier discusión más amplia al respecto puesto que la mayoría de ellos rechazan la inspiración divina de las Escrituras. Consecuentemente, niegan la mayoría de las verdades fundamentales de la fe cristiana. Dejo el asunto de su salvación a Dios. (Aplaudo sus intereses humanitarios y ojalá que toda la iglesia fuera más tomada por estas obras. Pero nuestro interés aquí tiene que ver con una relación con Dios y no con obras).

A los evangélicos los coloco en el atrio exterior del Tabernáculo puesto que creen en la expiación por la sangre del Cordero de Dios y en la experiencia del nuevo nacimiento que está claramente representada por la Fiesta de la Pascua. Pero por su propia confesión, es ahí a lo más lejos que llegan. En su mayoría, solo pueden llevar fruto al 30%, faltándoles el poder del Espíritu Santo. Afirmar tener el bautismo en el Espíritu Santo sobre el fundamento de la doctrina, no los bautiza.

Los Pentecostales y los Carismáticos creen en la expiación por la sangre, en la experiencia del nuevo nacimiento, y aún dan un paso más adelante. Creen en el bautismo en el Espíritu Santo y lo han recibido, lo que es tipificado por el Lugar Santo en el Tabernáculo. Pero es ahí hasta dónde llegan. Como regla, han acampado alrededor de sus "experiencias Pentecostales". Fallan en reconocer que el Espíritu Santo fue dado para darles poder para entrar en el Lugar Santísimo; es decir, en un lugar de absoluto Señorío de Jesucristo. Mientras que la mayoría confiesa como los

evangélicos que Jesucristo es el Señor, la realidad de ello no está en su caminar, sino sólo en su hablar.

Los Pentecostales y los carismáticos, habiendo recibido el poder del Espíritu Santo, tienen el potencial de llevar fruto a 60%. Sin embargo, con mucha frecuencia han visionado la experiencia Pentecostal como un fin en lugar de un medio hacia un fin: la entrega completa al Señorío de Jesucristo.

La nueva raza de creyentes radicales, “los crucificados”, no sólo creen en la expiación por la sangre, el nuevo nacimiento, y la experiencia Pentecostal, sino que avanzan hacia el Lugar Santísimo donde la Fiesta de los Tabernáculos ha de tener su cumplimiento. El Lugar Santísimo es el lugar en el Espíritu donde no importa ninguna otra cosa que Jesucristo y Su voluntad absoluta. Están aprendiendo la implicación completa lo que significa poner la vida por causa del evangelio.

Mientras que los Tabernáculos aún han de tener su cumplimiento, son precursores de ello. De la misma manera que Juan el Bautista fue el precursor para preparar el camino del Señor, del mismo modo son estos crucificados los precursores que preparan el camino de la segunda venida del Señor. Juan había sido previamente un hombre con la unción de Elías (Lucas 1:17). Estos precursores de los últimos tiempos son un hombre de muchos miembros con el espíritu de Elías— ¡profetas por naturaleza y por estilo de vida!

Creyentes tradicionales, Creyentes “llenos del Espíritu” y Creyentes guiados por el Espíritu

Hay otra forma de hacer estas distinciones: son las iglesias tradicionales, las así llamadas iglesias “llenas del Espíritu”, y los creyentes guiados por el Espíritu.

Digo así llamadas iglesias “llenas del Espíritu” porque son las que comenzaron siendo guiadas por el Espíritu, pero que en algún momento del camino, se establecieron en sus experiencias pasadas, las institucionalizaron y no siguieron adelante. Cuando cesas de ser “guiado por el Espíritu”, pronto comienzas a volverte tradicional. Así que a largo plazo, hay sólo dos divisiones: tradicionalistas y guiados por el Espíritu. Todos los tradicionalistas terminan convirtiéndose en otra secta dentro del Cristianismo institucionalizado, mientras que los guiados por el Espíritu rara vez encuentran afinidad con un grupo organizado.

Sabemos que el mundo acepta a la iglesia tradicional, tolera a la iglesia llena del Espíritu, pero crucificará a los creyentes guiados por el Espíritu. Incluso los tradicionalistas en el Cristianismo consideran a los creyentes guiados por el Espíritu con desprecio.

Si Satanás y los poderes de la oscuridad pudieran alguna vez parar al pueblo de Dios en ser guiados por el Espíritu de Dios, impedirían con éxito el poder de Dios porque el poder de Dios es liberado por la obediencia. El enemigo nunca es amenazado por los que *“tienen apariencia de piedad pero niegan la eficacia de ella...”* (2ª Tim. 3:5).

Sin embargo, el enemigo sí es amenazado por una compañía de vencedores hoy día que se atreven a negarse a sí mismos, y a tomar su cruz diariamente (Lucas 9:23),

que se atreven a seguir al Cordero donde quiera que vaya. Tiembla ante la mera aparición de esos crucificados.

Capítulo 2 – Pasando por la Cruz

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 2 – Pasando por la Cruz

A este tercer grupo de creyentes los llamo “los crucificados” porque los veo como aquellos que han ido a la cruz no solo para el perdón de sus pecados, sino que han pasado por la cruz en negación total de cualquier cosa para el yo. Cada uno de ellos está dispuesto, como dijo Jesús, “a tomar su cruz diariamente...” (Luc. 9:23, Mat. 16:24).

Estos crucificados están muertos en lo que se refiere a los intereses y hechos de su carne y del mundo. Han llegado al fin de ellos mismos, que es lugar donde Dios quiere llevarnos a todos. Entienden que la única vida verdadera se encuentra en la pérdida total de la vida del yo, para ser entregados completamente a la absoluta voluntad de Dios. “*El que salve su vida la perderá*” (Mat. 16:25). Están dispuestos a morir, o dispuestos a aprender a estar dispuestos a morir, por causa del evangelio.

Jesús es el único tema de sus vidas. Otras grandes verdades y doctrinas son importantes como salvaguarda de la herejía, pero para ellos, estas verdades nunca se convierten en temas de división en el cuerpo de Cristo. Estos “crucificados” no son divisivos ni polémicos, sino baluartes de la Verdad que es Jesucristo como Señor.

Bajo la Cabeza/Señorío de Cristo

Los crucificados tienen un fuerte sentido y una gran seguridad en la cabeza de Jesucristo. Resisten a las presiones del Cristianismo tradicional para someterse a la cabeza de otros hombres, y reciben el orden escritural de 1ª Cor. 11:3, “*Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.*” Cualquier otra autoridad como cabeza para ellos, sería falsa y ofensiva a sus espíritus sinceros.

Su insistencia en la cabeza de Jesucristo es una ofensa para los tradicionalistas/institucionalistas que, por alguna razón, quieren llevar a los hombres al sometimiento de otros hombres.

Sin embargo, los crucificados están sometidos unos a otros, especialmente a los que son sensibles a la dirección del Espíritu Santo. Habiendo pasado por la cruz como han pasado, son humildes, quebrantados ante el Señor, y dispuestos a examinarse a ellos mismos para ver si hay algún mal en ellos. Darán cuentas unos a otros voluntariamente y con disposición.

No tienen ambición por el yo, sino que se ven a ellos mismos como siervos. Están dispuestos a hacer su servicio ante Dios en secreto, sin reclamar nada para ellos mismos. No buscan para sí *“una ciudad, una torre... y un nombre.* (Gen. 11:4). No tienen ambición por aumentar para sí mismos en poder, posición o riquezas. No están interesados en levantar edificios de iglesias ni membresías para sí mismos, en maquinar programas o en ganar reputación y títulos. No tienen agenda propia. Solo quieren y persiguen lo que Dios quiere.

Aunque están genuinamente sometidos unos a otros en el Espíritu, no son motivados por el temor del hombre sino por su reverencia hacia el Dios Altísimo. Jesús es el Señor absoluto en sus vidas. Han renunciado a toda forma de idolatría.

Obediencia radical

El Señorío absoluto de Jesucristo infiere una obediencia radical hacia Él. Los crucificados han abandonado todo para seguirle y son fieles en lo poco así como en lo mucho. (Lucas 16:10).

Tal obediencia procede de la fe y de la confianza extremas en Dios, siendo Él soberano en sus vidas. Su fe supera la fe por cosas, incluso cosas del Reino. Su fe está en Dios, no importan ni las circunstancias ni las cosas a su alrededor.

No obstante, no son ignorantes en cuanto a los males del diablo ni carecen de poder sobre toda la obra del enemigo. De hecho, ejercen un poder absoluto sobre el enemigo porque son obedientes al Espíritu.

Tienen tal confianza en el poder mayor de Dios en ellos que cualquier cosa que les suceda, es considerada como la obra santificadora del Espíritu Santo, en lugar de la obra destructiva del enemigo. Están entregados de tal modo a Dios y a Su voluntad, que tienen la confianza de que *“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”* (Rom. 8:28).

No Religiosos

Los crucificados son no-religiosos, no-tradicionales, no-institucionales, y no-litúrgicos. Ven la diferencia entre la religión y la relación. No necesitan la religión porque tienen una relación personal con el Cristo del Cristianismo.

La religión está interesada en hacer cosas para apaciguar a los dioses, mientras que la relación está interesada en tener comunión con la misma persona de Dios.

La religión es sacrificio; la relación es obediencia. La religión pretende limpiar lo externo de la taza; la relación pretende limpiar por dentro. (Mat. 23:25-26).

La religión participa del símbolo solo del cuerpo y de la sangre (comunión); la relación participa de la Persona del cuerpo y de la sangre.

No podemos por más tiempo ofrecer a la gente sólo el símbolo. Necesitan la Persona del Símbolo—Jesucristo, el Señor.

Los crucificados no basan ya más sus vidas sobre el símbolo, sino sobre su relación con la Persona. Están tan identificados con Él que cuando presentan sus propias vidas como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (Rom. 12:1) es como si estuvieran presentando la Persona misma.

Manteniendo una relación semejante a ésta con Dios, llegarán a conocerle, y no simplemente a saber sobre Él—a comprenderle a Él y a sus caminos, a confiar en Él, a tener amor y afecto por Él, a temerle, a respetarle y a obedecerle. Un vínculo inseparable se forma entre Él y ellos.

El interés de estos crucificados es buscar más y más de Jesús. Éstos son de los que podría decirse por su vida y por su poder, “*que han estado con Jesús*” (Hechos 4:13).

No están centrados en ellos mismos en modo alguno, sino que están centrados y enfocados en Jesús y Su voluntad. Se identifican con Sus planes y propósitos en toda la eternidad.

No-Materialistas

No son materialistas, habiendo aprendido “*que la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posee*” (Lucas 12:15) Se identifican con el apóstol Pablo que dijo de sí mismo: “*...he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación*”. (Fil. 4:11). No importan si tienen o no tienen. Su confianza está en Dios, que es quien provee. Piensan en Espíritu, no en la carne; en lo eterno, no en lo temporal; en lo espiritual, no en lo material.

No-Sensacionalistas

No son sensacionalistas. Están inmersos en el Espíritu, dispuestos a hablar en lenguas desconocidas, a creer en la operación del día presente de los dones y de los ministerios del Espíritu, tal y como están establecidos en las Escrituras, y esperando ansiosamente la segunda venida del Señor. Pero estos temas ya no son el tema principal en ellos. Su interés es recibir dones espiritual como herramientas para proseguir en el Señorío de Jesucristo.

La experiencia Pentecostal no es el fin, sino el medio hacia la meta más alta de llegar a Él, de ser hallados en Él (Fil. 3:7-11). Están menos inclinados hacia buscar las manifestaciones externas sensacionalistas de los milagros y las sanidades, y más inclinados a buscar “*la santidad, sin la cual, nadie verá al Señor*” (Heb. 12:14). Desean más esa obra escondida del Espíritu Santo en sus vidas. A largo plazo, sin embargo, les seguirán las señales mayores y más verdaderas.

Su principal interés es ser apartados para Dios, “*Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*” (1ª Tes. 4:3). Son rápidos en admitir el pecado y arrepentirse. Para ellos, la santidad se logra por medio del fuego purgante, purificador y limpiador del Espíritu Santo—que los transforma y los conforma a la imagen de Jesús.

Son pacientes esperando en el Señor—reposan, esperan, escuchan y después y únicamente después, obran.

Tienen una profunda confianza en la Biblia como la Palabra de Dios y viven como si Dios dijera lo que quiso decir y quisiera decir lo que dijo.


También tienen una profunda confianza en el Espíritu Santo de Dios y obran sobre la base de Zacarías 4:6, “*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.*” No ponen su confianza en la carne (Fil. 3:3).

La Iglesia sin muros

Los crucificados son la iglesia sin muros. Han salido fuera del campamento con Jesús, llevando su vituperio (Heb. 13:12-13).

Las iglesias son semejantes a ciudades amuralladas en las que se guarda lo suyo propio.

El movimiento ecuménico es un intento de hacer que estos muros coincidan para dar apariencia de unidad. Pero todos estos intentos nunca quitarán la realidad de los muros.

Con frecuencia, incluso entre los creyentes más sinceros, estas ciudades amuralladas se convierten en clubes sociales según su especie. Dios no está llamando a hacer clubes de países cristianos. Más bien está llamando a salir de ellos. El único muro en el que Dios y Sus crucificados están interesados es ese muro de fuego mencionado en Zacarías 2:5: “*Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella.*” Estos crucificados son un pueblo que ha sido llamado a salir de otro pueblo: la *ekklesia*, “los llamados fuera.”  **{1}**

Ven los dones del Espíritu y los ministerios del Espíritu como algo que pertenece al cuerpo completo sin consideración hacia una membresía de iglesia en particular.

Los crucificados no han tomado para sí ningún otro nombre que el Suyo: el nombre de Jesús (Hechos 15:14).

No se reúnen en ningún otro nombre que en el Suyo (Mat. 18:20).

No se someten a ninguna otra Cabeza/Señorío que la Cabeza/Señorío de Jesucristo, que es la verdadera cabeza de la Iglesia (Efe. 1:22; 4:15; 5:23).

No siguen a ningún otro que al Espíritu Santo de Dios, que está Él mismo sujeto a hacer y decir lo que Jesús, la Cabeza, hace y dice (Juan 16:13).

No oyen otra voz más que la del Buen Pastor (Juan 10:14-16).

No están unidos a nadie ni a nada a excepción de a Él (1ª Cor. 6:17).

Han sido comprados por precio (1ª Cor. 7:23) y por tanto, no se atreven a intentar ser propietarios de nadie y a ser propiedad de nadie más que de Él. Sin

embargo, pertenecen los unos a los otros en el más profundo sentido espiritual de la palabra (1ª Cor. 3:22).

No tienen otra vida que vivir más que Su vida, vivida en y a través de ellos (Gál. 2:20).

Profetas

Los crucificados son un pueblo que dice lo que Dios dice, hace lo que Dios hace y son lo que Dios les ha hecho ser.

Son verdaderos profetas de Dios. Con el uso de término profeta, no me refiero a que todos ellos sean llamados al ministerio equipador del profeta. No obstante, sus vidas son conformadas según los profetas de Dios—el espíritu de Elías—teniendo esa relación radical con Dios en el Espíritu, hablando por Dios por su mismo estilo de vida, trayendo convicción al mundo, preparando el camino de la segunda venida del Señor.

Parecen inconformistas en el Cuerpo de Cristo, pero son de hecho todo lo opuesto. Cada uno de ellos está entregado absolutamente a la voluntad de Dios, al costo de sus propias vidas. No hay rebelión que encontrar en ellos.

Al seguir cada uno de ellos al Espíritu, descubren que Él dirige conforme a las Escrituras; que los dones y los ministerios del Espíritu surgirán y comenzarán a fluir juntos sin muros; que Su cuerpo, la Iglesia, comenzará a unirse en un buen orden y libertad según la Escritura en un solo hombre conforme a Efesios 4:13; que Su propósito divino y Sus planes se revelan; que Su presencia y poder son manifiestos; y que ellos mismos surgen como un hijo colectivo por todo el mundo.

Estas cosas han de ser la obra del Espíritu Santo que está edificando la casa de Dios. *“Si Jehová no edificar la casa, en vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, En vano vela la guardia.”* (Salmos 127:1).

Ningún hombre sabe como construir la casa de Dios. El hombre no puede legislar o institucionalizar el orden divino de Dios. Tan solo puede someterse a la obra santificadora del Espíritu Santo, que es quién está haciendo el edificio, y ser radicalmente obediente a esa cosa particular que el Espíritu Santo le muestra que haga. Cualquier intento por edificar, legislar o institucionalizar por delante del Espíritu, es carnal, y terminará en legalismo y muerte. *“...la letra mata, pero el Espíritu es dador de vida”* (2ª Cor. 3:6).

Ríos de Agua Viva del interior

Estos crucificados se inician solos. La vida y el poder del Espíritu es la fuerza impulsora en ellos. Se entregan a sí mismos para llegar a ser esa agua viva que brota desde lo más profundo de su interior, fluyendo como ríos de vida (Juan 7:38).

No necesitan ser motivados para alabar y adorar, para orar, para ayunar, para dar, para responder a todo lo que sea demandado por el Espíritu.

No necesitan correr a este seminario de sanidad o a aquel taller sobre liberación. No tendrán que comprar todos esos libros y cintas de cassette sobre “como hacer esto”, o “como hacer esto otro”.

No tendrán que aferrarse a las promesas de Dios en sus vidas a través de infinitos encantamientos de confesiones de fe.

El Reino de Dios está dentro de ellos (Luc. 17:21). La Palabra de Dios está dentro de ellos. Están en Él y Él en ellos. Son uno, así como Él es uno con el Padre (Juan 17:21). La Palabra de Dios es las promesas de Dios; por tanto, las promesas de Dios están en ellos y no pueden alcanzarse agarrándolas externamente.

Además, no sólo tienen el Reino, la Palabra, las promesas y la Persona de la Palabra en ellos. Ellos mismos se convierten en la manifestación de la Palabra de Dios en y a través de sus vidas. Son *epístolas vivas* (2ª Cor. 3:2-3), *oráculos* (1ª Ped. 4:11). Son la Palabra hecha carne en sus propios cuerpos, al ser el Cuerpo de Cristo en el mundo.

La Vida Cristiana normal

Esto no es decir que estos crucificados son un cuerpo de élite de personas en términos en cuanto a lo que el mundo piensa como élite. Por el contrario, son el objeto de mucho ridículo y desprecio en el mundo.

La vida crucificada es aquello a lo que Dios ha llamado a todos Sus discípulos. Es considerada vida cristiana normal desde el punto de vista de Dios. Cualquier intento de vida en Cristo que sea inferior a esto, es discipulado anormal, inmaduro.

Y sin embargo, no es algo que nadie pueda conseguir por sus propias fuerzas.

Sólo Jesús es el cumplimiento de todas las fiestas y atrios. Él es nuestro redentor y nuestra redención, nuestro justificador y nuestra justificación, nuestro libertador y nuestra liberación, nuestro santificador y nuestra santificación, nuestro glorificador y nuestra glorificación. Si queremos cualquiera de estas cosas, tenemos que tenerlo a Él. ¡Él es todo eso!

El asunto no es que Dios esté dispuesto a redimir, a justificar, a liberar, a santificar y a glorificar. Él ya lo ha hecho. El asunto es creer en Él como el autor de Su propia obra—hecha a favor nuestro—y estar dispuestos a qué Dios obre en nosotros todo aquello que Él ha hecho por nosotros.

Algunos no están dispuestos a avanzar en la santificación y la glorificación. No puedes ser glorificado sin que primero pases por la santificación. No puedes ser santificado sin que primero pases por la justificación. Fuimos justificados, estamos siendo santificados, seremos glorificados—juntos, este es el proceso de la salvación. Nos estamos convirtiendo en lo que somos en Cristo Jesús.

Por tanto, no sólo tenemos estas tres fiestas y atrios cumplidos en Jesús, sino que están siendo obrados en nuestras vidas mientras estamos dispuestos y cedemos. Oswald Chambers, en su libro devocional, “*En Pos de lo Supremo*”, escribió: “El asunto no es si Dios está dispuesto a santificarme; ¿Es *mi*

voluntad? ¿Estoy dispuesto a dejar que Dios haga en mí todo lo que ha sido hecho posible por medio de la Expiación?”

Nacidos del Fuego

Estos crucificados nacen del fuego. Hechos 8:1-4 nos deja un ejemplo de esto entre los Cristianos del primer siglo. Aquí leemos como Saúl consentía en la muerte de Esteban; y así, una gran persecución se levantaba contra la iglesia en Jerusalén. Por causa de esta persecución, los discípulos fueron esparcidos por el extranjero, a todo lo largo de las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles. Estos Cristianos esparcidos avanzaron predicando la Palabra.

Jesucristo había dado a los primeros discípulos la comisión de “*ir... haciendo discípulos a todas las naciones, bautizándoles...*” (Mat. 28:19-20), pero estaban cómodos en su cueva de Jerusalén y no estaban saliendo como les había sido encomendado. Por tanto, se necesitó la persecución para esparcirlos a ellos y a la Palabra por el extranjero.

Una vez más siento que se necesitará la persecución para esparcir a los santos para extender el verdadero Evangelio.

Digo “verdadero” evangelio porque cualquier otro evangelio que no predique a “Jesucristo y a Jesucristo crucificado”, no es el verdadero, sino “otro evangelio”. La justicia social, la experiencia del nuevo nacimiento, la santidad, la fe, la prosperidad, el orden de iglesia, y otras muchas enseñanzas, pueden ser ciertas, pero no son en sí mismas “el” evangelio. Pueden ser subproductos del evangelio en una extensión u otra. Pero el evangelio, conforme al apóstol Pablo, cuyos escritos consideramos inspirados y sagrados, es Cristo y Cristo crucificado. 1ª Cor. 2:2: “*Porque me he propuesto no saber nada entre vosotros sino a Cristo y a Él crucificado.*”

Con frecuencia, la persecución es la sacudida de Dios—Su herramienta para el cumplimiento de la gran comisión.

Un ámbito más alto en el Espíritu

Habiendo pasado de la Pascua hasta Pentecostés, los crucificados han cruzado a un ámbito más alto en el Espíritu llegando hasta Tabernáculos incluso antes de su cumplimiento. (Enfatizo una vez más que este ámbito más alto se espera y de todo discípulo verdadero, hambriento y buscador, y está disponible para él).

Tenemos un tipo de esto en el Antiguo Testamento cuando David y sus hombres comieron el pan sagrado (1ª Sam. 21:4-6). Con respecto a esto, Mateo 12:1-8 nos habla de un tiempo cuando Jesús y sus discípulos caminaban entre un campo de grano en el Sabbath, y algunos comieron del grano. Los Fariseos los vieron y cuestionaron a Jesús sobre lo ilegal que habían hecho. Jesús les recordó cómo David entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición sagrados, algo que no estaba permitido por la ley. Y sin embargo, no fue culpado.

Jesús entonces declaró que alguien mayor que el templo estaba allí. Se refería a sí mismo—que Él era el Señor del Sabbath. Con otras palabras, David, por causa de su relación íntima con Dios, fue más allá de la Ley y se aferró del Señor mismo de la Ley. Se movió en una esfera más alta en el Espíritu.

Hay un pan para los hijos de Dios del que no hemos recibido el privilegio de participar hasta ahora porque aún no hemos cruzado a esta vida crucificada nosotros mismos. Hemos estado obrando en la misericordia y la gracia de Aquel que entró antes que nosotros de una vez y para siempre como nuestro Gran Sumo Sacerdote, Jesucristo el Señor.

Una vez que los crucificados han cruzado verdaderamente al Lugar Santísimo—el lugar dónde Jesús es lo único que hay, dónde Jesús no sólo es predicado como crucificado, sino dónde el creyente mismo es un ejemplo vivo de esa vida sacrificial (Rom. 12:1)—habrán llegado a un lugar dónde puede que nunca estén enfermos, cojos, o dañados de nuevo; dónde los demonios no podrán ya más oprimirlos, atormentarlos o tentarlos; donde las cosas materiales serán irrelevantes porque esas cosas no tienen nada que ver con un hombre muerto. Además, las bendiciones de Dios les seguirán.

Jesús es su patrón. Su vida sacrificial se convierte en sus vidas, y sus vidas en la vida de Él. El Espíritu Santo dio dones y ministerios para equipar a los santos para la obra del “servicio” con el fin de volvernos como Él. Nos acercamos rápidamente a ese fin y el perfeccionamiento de los santos—aquellos que están dispuestos a pasar por la cruz en Cristo.

Notas

{1} Ekklesia es la palabra griega que ha sido traducida como “iglesia” pero que literalmente significa “llamados fuera”.

Capítulo 3 -- Consumidos

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 3 – Consumidos

¿No es interesante que Dios haya establecido fiestas (algo que tiene que ver con comer), como ocasiones para la adoración de Israel, como representaciones de Su obra terminada en Cristo y como representaciones de la relación divina que tenemos en Él?

El cordero pascual, que tipifica la muerte de Jesucristo, que era el Cordero de Dios sin mancha y sin arruga, había de ser comido completamente por los hijos de Israel en la noche antes de su partida de Egipto. Toda carne que no fuera comida, había de ser consumida por el fuego. De cualquier modo, el sacrificio tenía que ser completamente consumido (Éxodo 12:5,10).

Más tarde, en el antiguo Israel, Dios ordenó que los sacerdotes levíticos habían de comer las ofrendas del Señor hechas por fuego, y declaró que esta sería su heredad entre sus hermanos (Jos. 13:14).

Dios quería desde el principio que la nación de Israel por completo fuera un reino de sacerdotes y una nación santa para Él (Éxodo 19:6). Más tarde, al fracasar en su obediencia a Dios, Él estableció a la tribu de los Levitas para ministrar como sacerdotes al Señor (Deut. 10:8).

En Cristo, todos los creyentes han cumplido el deseo de Dios de tener para Él mismo un *“linaje escogido, real sacerdocio, nación santa...”* (1ª Ped. 2:9). Dios abolió la necesidad de que solamente fueran unos pocos los que Le sirvieran como sacerdotes, y estableció el sacerdocio de cada creyente.

Cristo Jesús, el Cordero de Dios, se ha convertido en nuestra heredad como sacerdotes. Hemos de consumirle. En Juan 6:58, Jesús se identificó a Sí mismo con *“ese pan que viene del cielo.”* Él dijo a Sus discípulos que comieran Su carne y bebieran Su sangre (Juan 6:53-56). Esto era una declaración muy fuerte, y las Escrituras afirman que desde ese día en adelante, muchos dejaron de seguirle (Juan 6:60-66).

Una cosa es participar de la Cena del Señor que conmemora su muerte, pero otra muy distinta es participar de Él y participar de Su muerte por medio de nuestra propia vida entregada.

Al observar la progresión de estas fiestas en su relación con los tres atrios del Tabernáculo, y particularmente en referencia a estos crucificados, descubrimos cuatro cosas han de suceder para completar el proceso de santificación (separación).

Consumiendo a Cristo

En primer lugar, hemos de consumir a Cristo completamente. Simbólicamente representamos esto en la observancia de la Cena del Señor. Mateo 26:26-29 dice, “*Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.*” (lee también Marcos 14:22-24; Lucas 22:19-20; 1ª Cor. 11:24-25).

La versión King James de la Biblia dice; “Bebed todo de ella” en referencia a la copa. Las traducciones más recientes dicen “*Bebed de ella, todos vosotros*”. La sintaxis griega deja al texto con cierta incertidumbre, “Bebed todo de ella.” Sugiero que la versión King James está en armonía con la Pascua, cuando les fue ordenado que comieran todo del Cordero, y que lo que no fuera comido, fuera consumido por el fuego a la mañana siguiente. En ambas ceremonias, el énfasis se encuentra en el consumo total. Hemos de consumir a Jesús totalmente.

Participar sólo del símbolo es un ritual inútil a menos que el participante haya recibido primero a Jesús, el pan de Vida, para sí mismo. Jesús es recibido cuando se nace de nuevo (de arriba). (Juan 3:3-8).

Comer Su carne y beber Su sangre es consumir a Cristo Jesús como Señor de tal modo, que tu misma naturaleza es transformada. Te has convertido en una nueva criatura. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es ; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas” (2ª Cor. 5:17).

Ser bautizado en agua es un símbolo del bautismo en Su muerte, sepultura y resurrección. “*Por tanto, hemos sido sepultados con El por medio del bautismo para muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido unidos a El en la semejanza de su muerte, ciertamente lo seremos también en la semejanza de su resurrección.*” (Rom. 6:4-5). “*habiendo sido sepultados con El en el bautismo, en el cual también habéis resucitado con El por la fe en la acción del poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos.*” (Col. 2:12). “*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.*” (Col. 3:3).

El bautismo en agua cubre el terreno de la experiencia espiritual en Cristo desde la muerte a la ascensión. “*y con El nos resucitó, y con El nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús.*” (Efe. 2:6). Todas estas experiencias espirituales preceden a Pentecostés.

De hecho, hemos de tomar todo de Él, que es el comienzo de nuestro caminar con Él.

Consumidos por Cristo

En segundo lugar, al consumirle absolutamente, descubrimos que entonces somos nosotros consumidos por Él. Es un misterio a la mente carnal cómo podemos estar en Cristo y Él en nosotros del mismo modo que Él está en el Padre. “*En aquel día*” (después de que el Consolador fuera dado en Pentecostés), “*vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.*” (Juan 14:20).

Esta unidad con la deidad está todavía dentro del ámbito de la Pascua dónde somos redimidos, justificados, dónde recibimos vida eterna y ascendientes. Ganar a Él es ganar vida eterna; es decir, estar completamente envueltos de Él—ser consumidos por Él.

Consumirle es tomarle. Ser consumidos por Él es ser tomados por Él—ser hechos uno con Él. Lo tomamos todo de Él. El lo toma todo de nosotros.

Consumidos con Cristo

Pero tiene que pasar algo más. Le consumimos para ser consumidos por Él, para que nosotros podamos ser consumidos con Él. Es aquí dónde Pentecostés viene sobre nosotros.

Juan dio a los que salían para ser bautizados en agua que venía alguien *“cuyo calzado yo no soy digno de llevar; Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.”* (Mat. 3:11).

Pentecostés fue el cumplimiento de esta promesa. *“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.”* (Hechos 1:4-5).

En el día de Pentecostés, Pedro explicó que esto era lo que Joel había profetizado que llegaría a suceder en los últimos días. *“Derramaré Mi Espíritu sobre toda carne.”* (Hechos 2:17).

En la Pascua recibimos a Jesús. Jesús significa Salvador. En Pentecostés recibimos a Cristo. Cristo significa “el ungido”. Cristo es la traducción griega de la palabra hebrea, Mesías.

El Espíritu Santo es el poder ungido del ministerio de Cristo en y a través de Sus discípulos. Se nos dá el Espíritu Santo principalmente para darnos el poder de Su señorío. Sin el Espíritu Santo, somos incapaces de hacer la obra de Dios.

Ser bautizados en el Espíritu Santo es ser consumidos en extremo con Dios en Cristo—ser empapados, saturados, infiltrados, inmersos con el gran y glorioso Espíritu Santo del Dios Todopoderoso. Los que son bautizados así Le tienen como la abundancia de sus corazones. Tienen hambre y sed de más y más de Él. Él es su preocupación. Comen, beben, duermen, piensan en Jesús. ¡Consumidos con Él!

Y aún más, son entregados a ese fuego del Espíritu Santo que los separa del pecado, del mundo, de la carne y de todo el dominio de Satanás. Son sujetos Su fuego purificador para ganar esa *“santidad (santificación)” sin la cual, nadie verá al Señor.* (Heb. 12:14)

El Espíritu Santo es dado para que podamos ser guiados de Él, enseñados de Él, para que podamos ministrarle a Él en las sublimes alabanzas de Dios de las que Él es digno—para que podamos adorarle en Espíritu y en verdad, para que podamos tener el poder de Su Señorío, para que podamos llevar el fruto del Espíritu, para que podamos ser testigos de Él en las partes más extremas de la tierra, para que podamos

ser para la alabanza de Su gloria, y finalmente, para que podamos ser conformados a la imagen de Su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor.

En Pentecostés, somos santificados, pero no satisfechos. Porque la meta de la Pascua y de Pentecostés, es el cumplimiento de los Tabernáculos. La creación entera todavía gime por la revelación de los hijos de Dios. *“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”* (Rom. 8:19-23).

Un fuego consumidor por Cristo

Hemos de consumirle y de ser consumidos por Él para que podamos ser consumidos con Él, de modo que, finalmente, podamos convertirnos en fuego consumidor por Él.

“Nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29) y eso es a lo que igualmente, todos los verdaderos creyentes han sido llamados a ser: un fuego consumidor. Los que llegan a ser fuego consumidor, por la misma naturaleza de sus vidas consagradas, se convertirán en una ofensa al mundo, a la carne y a Satanás.

Se convertirán en el objetivo de la persecución. El mismo Señor Jesús, advirtió *“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán...”* (Juan 15:18-20).

Leemos en la Biblia que la gloria del Señor llenó la casa del Señor solo tres veces: el Tabernáculo de Moisés (Éxodo 40:34), el Templo de Salomón (1ª Reyes 8:11) y el Templo de Ezequiel (Eze. 10:4, 43:4-5, 44:4).

Creo que el Templo de Ezequiel representa el ejército de creyentes de los últimos tiempos que está surgiendo en este día postrero. Somos el templo del Espíritu Santo (1ª Cor. 6:19). Será esta casa de muchos hijos la que la gloria del Señor volverá a llenar.

La gloria jamás regresó al templo de Zorobabel o el templo de Herodes. Ha sido reservada para este período final antes de la venida del Señor, en el que muchos hijos serán llevados a la gloria. *“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”* (Heb. 2:10).

En la Pascua somos redimidos y justificados; en Pentecostés somos santificados; en Tabernáculos seremos glorificados. Eso será completado cuando Jesús venga. Pero como yo digo, habrá un anticipo de esa venida ahora, y hay precursores que llegan en el Espíritu de Elías, preparando el camino de la segunda venida del Señor (Mal. 4:5).

En las dietas se habla de que uno es lo que uno come. Lo mismo sucede con las cosas espirituales.

Comer Su carne y beber Su sangre es participar de Su justicia y por tanto, convertirse en la justicia de Dios.

Comer Su carne y beber Su sangre es participar de Su santidad y por tanto, convertirse en la santidad de Dios.

Comer Su carne y beber Su sangre es participar de Su gloria y por tanto, convertirse en la gloria de Dios.

Comer Su carne y beber Su sangre es participar de Su naturaleza divina y por tanto, convertirse en la naturaleza de lo divino.

Comer Su carne y beber Su sangre es convertirse en “pan roto y vino derramado” (prestado de Oswald Chambers).

Capítulo 4 – Redención

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 4 – Redención

Por causa de la expiación por sangre de Jesús, somos justificados y redimidos, estamos siendo santificados (separados para Dios del pecado, de Satanás, de la carne y del mundo), y seremos glorificados. Para entender mejor este proceso de salvación, echemos una ojeada breve a nuestra redención y justificación.

Cristo es nuestro Redentor / Justificador

Dios nunca acariciará nuestra carne; Él la mata. Nunca cuidará nuestras causas—sólo está interesado en la Suya.

Su causa es la redención de la humanidad. No puedes recibir esta redención por ningún otro medio ni puerta que la expiación por la sangre de Jesucristo.

No puedes ser redimido y justificado por las obras de la Ley. La Ley no fue dada para redimir a los hombres del pecado sino para convencerlos. La convicción a solas no puede salvar. Hemos de añadir el arrepentimiento a la convicción. El arrepentimiento significa dar la vuelta, apartarse, un cambio radical, un cambio de forma de pensar. Pero no podemos volvernos del mal sin más. Hemos de volvernos hacia el Redentor.

La Ley nos dice lo que es justo. La Ley es el fundamento de todo juicio justo. La ley tiene que ser satisfecha con justicia, es decir, la Ley tiene que ser obedecida perfectamente. Es imposible lograr esto en la naturaleza maldita y caída de la carne humana. Jesús por otro lado, siendo el perfecto Hijo de Dios, logró el requisito justo de la Ley.

“Al que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado para nosotros fuéramos hecho la justicia de Dios en Él.” (2ª Cor. 5:21).

“Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley, habiendo sido hecho maldición por nosotros, como está escrito, ‘Maldito todo aquel que cuelgue de un madero’ ” (Gál. 3:13).

Puede que Dios te dé una obra que hacer. Pero tus obras jamás te redimirán. Tu redención está en tiempo pasado: cumplida en Cristo Jesús. La Ley ha sido satisfecha por la sangre del Cordero.

La única forma de tomar parte en esta satisfacción, es por la fe en el Redentor—fe de que Él ha salvado, redimido, justificado, sanado, librado; que ÉL está santificando, que Él glorificará. Es la fe en Su obra terminada. Él es el Salvador, el Redentor, el Justificador.

Somos justificados por la fe.

Humildad

Hay una relación humilde que tenemos con nuestro Redentor—porque no podemos salvarnos a nosotros mismos ni en ningún sentido, mejorarnos a nosotros mismos para hacernos más aceptables. Cuanto más aceptables tratemos de hacernos, menos aceptables llegaremos a ser. Cuanto más inaceptables nos damos cuenta de que

somos, mejor posicionados estamos para poder ser perdonados y poner nuestra confianza en Aquel que nos redimió. No podemos salvarnos ni a nosotros mismos ni a los demás.

Es por medio de la obediencia y del quebrantamiento que entramos en el Reino de Dios. Jesús se humilló a Sí mismo hasta el punto de que *“siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo...”* (Fil. 2:6-7).

Su humildad no niega Su Deidad. Más bien, a través de ello, Él muestra el camino hacia Él. Él es el ejemplo. Su humanidad completa fue entregada para que pudiéramos ver a Dios, conocer a Dios y venir a Dios.

Por causa de Jesús, que nos encontró en nuestro nivel, ahora somos capaces de acercarnos a Dios. Por eso hebreos 12:18-24 dice que *“no hemos venido al monte que podía ser tocado...”* sino *“al Monte Sión...”* Es decir, no hemos venido a la Ley, sino a la gracia. No hemos venido a la ira, sino a la misericordia.

Por tanto, dejemos de frustrar la gracia de Dios pecando, cuando a través de la sangre de Jesús, hemos sido liberados de la esclavitud al pecado.

Jesús es la puerta de las ovejas. Cualquier hombre que quiera entrar por cualquier otra puerta, es ladrón y salteador.

El Altar del Sacrificio Quemado

El atrio exterior con el altar del sacrificio quemado sobre el que los animales eran matados, apuntaba a este Dios Redentor que vino en semejanza de hombre para derramar Su preciosa sangre como expiación por los pecados del mundo—el Cordero de Dios, sin mancha ni contaminación.

De este Cordero, Juan escribió en Apocalipsis 5.9: *“y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación.”*

Jesús es el Cordero de Dios, fue la Palabra hecha carne (Juan 1:1,14). La Palabra de Dios es la Ley de Dios. Por medio de Su nacimiento, de Su vida santificada, de Su muerte, sepultura y resurrección, Él, siendo la Ley, cumplió o satisfizo el requisito justo de la Ley.

La fuente de Bronce

Entre el Tabernáculo y el altar de la ofrenda quemada, había una fuente de bronce. Había agua en ella, y los sacerdotes tenían que lavar sus manos y sus pies en ella, antes de entrar al Tabernáculo de reunión o antes de acercarse al altar a ministrar las ofrendas quemadas para el Señor (Éx. 30_17-21).

Creo que este lavamiento predecía al bautismo en agua bajo el nuevo pacto. *“Bautícese cada uno en el nombre de Jesucristo para la remisión (perdón) de los pecados...”* (Hechos 2:38). El apóstol Pablo estaba recordando su experiencia de conversión durante su defensa en Jerusalén cuando nombró a Ananías, que habría dicho, *“...Levántate y se bautizado y lava tus pecados invocando el nombre del Señor”*. (Hechos 22:16).

Habiendo sido salvo, redimido, justificado, y limpiado por la vida sacrificada de Jesús y el derramamiento de Su sangre, hemos nacido de nuevo (Juan 3:3,7), hemos sido hechos nuevas criaturas en Cristo Jesús (2ª Cor. 5:17) y tenemos ese depósito divino de vida eterna dentro de nosotros (Juan 6:47).

Hemos nacido al Reino de Dios, somos bebés en Cristo, hijos de Dios, herederos y co-herederos con Cristo, viviendo en la casa de Dios—hijos de Dios, hermanos y hermanas en el Señor. El bautismo en agua está asociado esencialmente con el este ministerio del atrio exterior. Hay más sobre el bautismo en el capítulo cinco.

Redención: el comienzo de la Salvación

Que somos redimidos por la sangre del Cordero es el mensaje evangélico de la iglesia al mundo. La Redención es el comienzo de la salvación a la que todos hemos sido llamados.

Jesucristo es nuestro Redentor, nuestro justificador y nuestro salvador, que se convirtió en la propiciación (apaciguamiento, conciliación) por nuestros pecados—nuestro sustituto en la cruz.

Creemos en Él. Ponemos nuestra confianza en Él. Permanecemos en Él como Él permanece en nosotros y por Él, tenemos vida eterna con el Padre. Nada puede ser quitado de esta realidad. Este es el comienzo de nuestra salvación.

Pero hay un perfeccionamiento de los santos que Dios quiere producir en Su pueblo; un avance de fe en fe, de gloria en gloria, un crecimiento en Él. La Biblia nos ve a los que creemos como el edificio de Dios. Esta analogía nos ayuda a comprender como la redención es el comienzo de Su proceso de Salvación.

Pero Dios tiene un plan para edificar Su casa. Dios el Padre es el Gran Arquitecto de SU edificio. Sólo Él tiene las claves. *“Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los edificadores...”* (Salmos 127:1)

Somos la casa de Dios, el edificio de Dios (1ª Cor. 3:9), piedras vivas (1ª Ped. 2:5), edificándose en amor (Efe. 4:16).

También somos co-edificadores con el Espíritu Santo de Dios, que es el constructor y el administrador de proyecto de construcción de Dios.

Jesús es el patrón, de modo que cuando la casa esté terminada, todos nos parezcamos a Él (Efe. 4:13).

El objetivo final de la redención es que Cristo sea formado en nosotros (Gál. 4:19)

El ministerios dones equipadores de los apóstoles, los profetas, evangelistas, pastores y maestros, son dados para perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Efe. 4:11-12). Los dones del Espíritu (1ª Cor. 12) son dados como herramientas para el servicio en este proceso de edificación y perfeccionamiento.

Estas herramientas pasarán, No son fines en sí mismas, sino instrumentos en las manos de Dios para completar Sus propósitos divinos con toda la humanidad. Una vez que esta casa esté construida, las herramientas pasarán. Lo perfecto habrá llegado (1ª

Cor.13:10). Lo perfecto es ese *“hombre perfecto (constituido de muchos miembros), conforme (hecho según el patrón) a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”* (Efe. 4:13).

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviéramos en ellas.” (Efe. 2:10)

Del mismo modo que Jesús fue el patrón para nosotros, una vez que participamos de Su naturaleza divina, hemos de asumir Su naturaleza divina para que podamos ser epístolas vivas: *“Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra,⁽¹⁾ sino en tablas de carne del corazón.”* (2ª Cor. 3:2-3).

Las obras mayores de Dios

Nosotros somos Su cuerpo—Sus pies, Sus manos, Su boca, Su corazón, Su mente—en el mundo hoy día. Hemos de movernos como Él se movió en la tierra, siendo la excepción que nosotros no solo tenemos el llamado de Su ministerio terrenal, sino que igualmente tenemos el poder de Su dominio—es decir el don del Espíritu. Como Él dijo, *“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”* (Juan 16:7).

Sabiendo esto de antemano, Él declaró *“el que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre.”* (Juan 14:12).

Nosotros somos las obras mayores de Dios—no simplemente en lo que hacemos—porque parece poco probable que podamos hacer algo mayor que Él mismo. Pero las obras mayores que hacemos son ciertamente las obras mayores que ÉL ha hecho, está haciendo y hará en nosotros en Su obra de la redención, santificación y glorificación.

Nosotros somos *“para la alabanza de Su gloria”* (Efe. 1:6,12,14), no por nuestras obras, sino por Sus obras en nosotros.

Por tanto, las vidas que ahora vivimos como crucificados, las vivimos *“por la fe del Hijo de Dios, que (nos) me amó y se entregó a sí mismo por mí (nosotros)”* (Gál. 2:20).

Por tanto, si esperamos formar parte de esta compañía de crucificados, Él nos suplica por Sus misericordias, a presentar nuestros cuerpos como sacrificios vivos, santos y aceptables a Dios que es nuestro culto racional. (Rom. 12:19:

Nosotros somos Él en el mundo—embajadores (2ª Cor. 5:20). Nuestras mismas vidas han de reflejar el poder de Su Señorío para convencer a otros de pecado y llamarles al arrepentimiento, para que ellos también puedan entrar en el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6)—Jesucristo como Señor.

Capítulo 5 -- Santificación

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 5 – Santificación

Hay mucho más en el llamado de Dios a nuestras vidas que meramente recibir Su redención para que podamos ir al cielo al morir. Considera esto:

La iglesia verdadera es un pueblo obediente.

Hay dicho muy duro pero muy cierto. Comer Su carne y beber Su sangre (Juan 6:53-56) es poner nuestras vidas absolutamente para que Él cumpla Su absoluta y perfecta voluntad en nuestras vidas. Ninguna otra cosa importa.

El verdadero siervo es Jesús. Jesús estaba absolutamente consagrado a cumplir la voluntad de Su Padre. Fue la voluntad de Su Padre lo que llevó a Jesús a Getsemaní. Fue la voluntad de Su Padre lo que Le llevo ante Caifás y Pilatos. Fue la voluntad de Su Padre que le crucificaran en aquella cruel cruz romana. Fue la voluntad de Su Padre que muriera sobre la cruz y derramara Su sangre incorruptible por los pecados de un mundo corrupto.

La verdadera iglesia—aquellos que son verdaderos discípulos—son los que llevan las marcas de Su servidumbre (Gál. 6:17), que consideran sus propios vasijas muertas al pecado para que Él pueda reinar y gobernar como el Soberano en sus vidas.

La verdadera iglesia es un pueblo obediente.

Las tres dimensiones del Hombre

Hay tres dimensiones en el hombre. Es un alma viviente con un espíritu y mora en un cuerpo de carne. Ha sido redimido en su espíritu. Está siendo renovado en su alma, que consiste en su mente, voluntad y emociones. Pero su cuerpo de carne está corrupto y caído, y está sujeto a la corrupción y a la tumba. Sólo en esa gran resurrección de los muertos, los santos de Dios serán redimidos en sus cuerpos. En ese momento, recibirán para ellos mismo cuerpos glorificados (1ª Cor. 15:35-50).

Estas tres dimensiones están tocadas por las tres fiestas de Israel y los tres atrios del Tabernáculo. Obrando desde dentro hacia fuera, el espíritu del hombre está redimido y justificado en el cumplimiento de la Pascua. El alma (personalidad) del hombre está siendo renovada día a día, santificada, en el cumplimiento de Pentecostés. Después, en el cumplimiento de los Tabernáculos, cuando Sus santos sean atrapados en el aire y reunidos con Él, entonces recibirán sus cuerpos glorificados (1ª Cor. 15:49,52).

Las únicas sanidades de nuestros presentes cuerpos mortales son temporales: “*Antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día*” (2ª Cor. 4:16).

Creciendo

Es este hombre interior del alma (personalidad) del que hablo ahora, cuyo espíritu humano ha sido redimido.

Habiendo sido redimido, se ha convertido en una nueva criatura en Cristo Jesús (2ª Cor. 5:17). Es un bebé en Cristo. Ha de “*crecer en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo.*” (Efe. 4:15). Se espera que madure.

Ha de crecer en Él, es decir, en Cristo Jesús. Ha de tomar la naturaleza de Su Padre. Ha de ser conformado a la imagen del Hijo (Rom. 8:29). Está siendo transformado por la renovación de su mente para que pueda probar cual sea la buena voluntad del Padre, agradable y perfecta. (Rom. 12:2).

Ha comenzado un proceso en él que pretende llevarle hacia delante y hacia arriba en el supremo llamamiento de Dios en Cristo (Fil. 3:14).

Hay un solo camino por el que puede llegar a este llamamiento hacia arriba y es por medio del bautismo en el Espíritu Santo y fuego. Así, dejamos el atrio exterior de la Pascua y llegamos al Lugar Santo de Pentecostés, llevando con nosotros la sangre del sacrificio del Cordero. Porque ahora necesitamos el poder de Su Señorío obrando en nosotros.

Tres Bautismos

En un sentido, tenemos tres bautismos. Hebreos 6:1-2 dice, “*Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, ² de la doctrina de bautismos...*” Fíjate que usa el plural en la palabra bautismos.

1. Bautismo en agua

Somos bautizados en agua, que es nuestro primer paso de obediencia habiendo venido a Cristo en la fe. Los hijos de Israel simbolizaron esto cuando cruzaron el Mar Rojo desde Egipto (el mundo) hacia el desierto (un tiempo de prueba y preparación). Las Escrituras explican que “*todos ellos fueron bautizados en Moisés*” (1ª Cor. 10:2). La fuente para la limpieza en el atrio exterior representa este bautismo (lavamiento) en la redención.

Los que testificaron de Pentecostés, preguntaron después qué tenían que hacer. Pedro les contestó claramente, “*Arrepentíos y bautícese cada uno en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados...*” (Hechos 2:38). Este es el primer paso que cada nuevo creyente ha de dar.

El bautismo en agua está asociado con el lavamiento de los pecados. En Hechos 22:16, el apóstol Pablo está testificando de su conversión y como Ananías le dijo, “*Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre*”.

Cualquier creyente puede bautizar a otro creyente en agua. El bautismo en agua representa nuestro bautismo en Jesús—en Su muerte y resurrección (Rom. 6:4).

2. Bautismo en el Espíritu Santo

Este segundo bautismo, el bautismo en el Espíritu Santo, sólo lo puede hacer Jesús mismo. Juan el Bautista proclamó, “*Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.*” (Mat. 3:11).

Esto ocurrió por primera vez el día de Pentecostés, como lo describe Hechos 2. Jesús mismo les dijo que esperaran en Jerusalén hasta que recibieran la promesa del Padre, un tiempo en el que serían bautizados (inmersos) en el Espíritu Santo. (Hechos 1:4-5). *“Pero recibiréis poder cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo...”* (Hechos 1:8).

El Espíritu Santo es dado con el propósito explícito de darnos el poder de Su Señorío. Si Jesucristo ha de ser Señor en hechos y no solo en palabra, uno tiene que ser motivado por el Espíritu Santo; tiene que ser inmerso necesariamente en el Espíritu Santo de Dios. Es ahí donde está el poder. Es absolutamente necesario pasar del atrio exterior de la Pascua hacia el Lugar Santo de Pentecostés.

Si alguno espera este proceso de renovación, que este crecimiento en Él tenga lugar, entonces tendrá que humillarse a sí mismo y recibir esta inmersión en el Espíritu.

No es suficiente aprender más y más de la Biblia. No es suficiente tener doctrinas bien definidas. No es suficiente ser religioso incluso en tu vida diaria. No es suficiente escuchar sermones muy elocuentes los domingos, cantar en el coro, enseñar en la escuela dominical, visitar a los enfermos, etc, etc.

A menos que transpire un cambio dentro del alma del hombre, a menos que esté siendo llevado a la perfección, hacia la santidad desde el interior, no podrá ver al Señor.

Los que rehúsan este bautismo tendrán que contentarse con ser contados entre aquellos de quienes hablan las Escrituras, “teniendo forma de piedad, pero negando la eficacia de ella...” (2ª Tim. 3:5).

3. Bautismo de Sus padecimientos

Primero somos bautizados en Jesús tal y como es expresado por medio del acto externo del bautismo en agua. En segundo lugar, somos bautizados en el Espíritu Santo y fuego para que podamos tener el poder para proseguir hacia Su Señorío. En tercer lugar, por medio de este bautismo en el Espíritu Santo y fuego, se abre el camino para ser bautizados en Sus padecimientos. Es un participar de Sus padecimientos. El Espíritu Santo obra este bautismo de sufrimiento en nuestras vidas.

Mateo 20:20-23 nos habla del tiempo en que la madre de Santiago y Juan preguntó a Jesús si concedería a sus hijos que se sentaran uno a su mano derecha y el otro a su izquierda en Su Reino. Jesús contestó, *“No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. El les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados...”*

Jesús no estaba andando con rodeos. Entendieron muy bien lo que este bautismo tenía que ver con el sufrimiento hasta la muerte, una participación con Él en Su muerte (Mateo 20:18).

Tal es la consagración de los vencedores. *“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.”* (Apoc. 12:11).

De acuerdo con Lucas 22:31-34, Jesús advirtió a Pedro que Satanás le había pedido para zarandearle como trigo. Después consoló a Pedro diciéndole que había orado por él para que no le faltara su fe.

Pedro se jactó; “Señor, *dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte*”. Pedro pensaba que verdaderamente estaba listo para eso.

Y entonces Jesús le dijo que antes que el gallo cantara, Le negaría tres veces. Y tres veces Pedro Le negó.

Primero, Jesús preguntó a Pedro si Le amaba. La palabra griega *agapeo* es usada para este amor que lleva consigo la idea de la auto-negación.

La palabra griega que es usada para expresar la respuesta de Pedro era la palabra *phileo*, que incluye un sentido más fraternal, afectivo, del alma, añadiéndole la idea del interés propio. No respondió con la clase de amor que se niega a sí mismo.

Una segunda vez Jesús preguntó, “*Simón, hijo de Jonás, ¿Me amas agapeo?*”

La segunda vez Pedro respondió con la palabra *phileo*, como diciendo, “Sabes que te amo afectivamente.”

Después, por tercera vez Jesús le preguntó, “*¿Me amas (phileo)?*”, como diciendo, *¿eso es todo?*

Habiendo fallado ya una vez, Simón ya no podía hacer una jactancia como si estuviera involucrado el *agapeo*. Sólo podía responder con amor afectivo.

Jesús quería poder decir, “Si, Señor”, pero sabía que no había nada en sus fuerzas para poder hacer un voto semejante.

Después, nuestro amado Jesús, dijo a Pedro, (vv.18-19), “*De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme*”

Jesús no estaba simplemente diciéndole a Pedro que Le siguiera fuera de la habitación. Jesús le estaba llamando a seguirle hasta la muerte.

La jactancia previa de Pedro más tarde se convertiría en la promesa de Dios. Y después de que todo fuera dicho y hecho en la vida y el ministerio de Pedro, no sólo fue a la prisión, sino a la muerte, siguiendo al Señor en su bautismo de sufrimientos. Sin embargo, no atravesó por este bautismo ni en el tiempo de él ni en su fuerza, ¡sólo en el tiempo y la fuerza Dios!

Jesús aprendió la obediencia a través de los padecimientos (Heb. 5:8). “*Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*” (Fil. 2:8).

Estamos siendo traídos a la obediencia, al servicio, a la condición de hijos, por medio de los padecimientos que sufrimos, mediante la participación de Sus padecimientos.

Hijos, Jóvenes y Padres

En cuanto al proceso de ser llevados a la condición de hijos, una vez más vemos las cosas desplegándose en tres aspectos. Tres en la Biblia generalmente es el número que habla de la consumación del testimonio.

1ª Juan 2:12-14 habla de hijitos, jóvenes y padres. Los padres están centrados en sus hijos. Los cuidan. Los jóvenes están centrados en los padres. Se preocupan por las cosas del padre. Quieren cumplir su voluntad. Pero los hijitos están típicamente centrados en sí mismos. Y lo mismo sucede en el Reino de Dios.

Los que permanecen en el atrio exterior son los hijitos. Los que prosiguen al Lugar Santo son los jóvenes (hijos). Y los que alcanzan el nivel de la madurez en el Lugar Santísimo toman la naturaleza del Padre. Son Abrahams.

Habiendo sido niños, nunca perdemos esa naturaleza infantil. Es el único camino por el que podemos llegar al Reino. Nacemos en él como bebés. Habiendo sido jóvenes (hijos), nunca perdemos eso. Incluso como padres, permanecemos privilegiados como hijos en la casa del Padre Dios, y seguimos siendo siervos como hijos en la casa del Padre Dios. Permanecen las tres naturalezas. Pero hemos de crecer en Él.

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.” (1ª Cor. 13:11).

Bautismo en el Espíritu Santo

Como hijitos, somos egoístas. Estamos sujetos a la disciplina del Señor para llevarnos a la madurez (Heb. 12:5-11)

Si rechazamos voluntariamente la disciplina y así, rechazamos el proceso de Dios de crecer en Él, permaneceremos en nuestro egoísmo y egocentrismo y fracasaremos en toda la idea del discipulado.

Si somos egoístas, somos carnales, de la carne.

Si somos carnales, entonces somos idólatras. Nos adoramos a nosotros mismos y nos entregamos a nuestra voluntad en lugar de a la del Señor.

Si somos idólatras, entonces somos ramera. Toda la idolatría en la Biblia es vista como adulterio espiritual—yendo detrás de otros dioses. El adulterio espiritual es cualquier cosa para el yo.

Considera a por quién viene a buscar el Señor en su regreso. Busca a *“a una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”* (Efesios 5:27). Él viene a por un pueblo que haya sido separado del pecado, del yo, del mundo y del dominio de Satanás. La novia es de la que dice Apocalipsis 19:7: *“Se ha preparado”*.

Cristo no viene a por la ramera ni a por un pueblo con corazón de ramera. No viene a por una esposa rebelde. Viene a reunir a ese pueblo y a recoger para sí a ese pueblo que tiene ojos solo para Él, que está radicalmente consagrado a seguirle, por dondequiera que Él vaya. (Apoc. 14:4).

La verdadera iglesia es un pueblo obediente.

El único camino por el que alguien puede llegar a este lugar de obediencia es por medio del bautismo del Espíritu Santo y fuego. Es el bautismo “en” el Espíritu Santo. Somos inmersos, llenos, empapados, saturados, consumidos en el Espíritu Santo de Dios. ¡Quién no querría eso/ÉL! Y Él está dispuesto a responder si la intención de nuestros corazones es correcta.

No es una doctrina a debatir o una experiencia que buscar o rechazar. El bautismo es una relación con Dios en el poder de Su Espíritu Santo y divino.

Él, el Espíritu de verdad, es la fuerza que nos proyecta hacia el Supremo llamamiento de Dios en Cristo. No pueden entrar en el Lugar Santísimo del Tabernáculo sin que primero hagas tu servicio en el Lugar Santo de Pentecostés.

El Bautismo en agua toma lugar en el atrio exterior de la Pascua. El Bautismo en el Espíritu Santo y fuego toma lugar en el Lugar Santo de Pentecostés. Ambos bautismos tienen como objetivo final llevarnos al único bautismo que realmente cuenta—el bautismo en Jesús, en el que somos completa y totalmente crucificados con Él y resucitados en Él—en el que nos convertimos, por así decirlo, en Él.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” (Gál.2:20).

Ser bautizado en el Espíritu Santo de Dios es ser lleno de Su alabanza, Su poder, Sus propósitos, Sus planes, Su programa, Su proceso de perfeccionamiento, Su purga, Su purificación, Su todo...

Este es el proceso de santificación sin el que no veremos al Señor (Heb. 12:14).

Pascua, Pentecostés y Tabernáculos comparados

Antes de terminar este capítulo, veamos como este proceso de santificación encaja en los tres días festivos.

La sanidad y la liberación se reciben en la Pascua (no en Pentecostés, como muchos pentecostales asumen). La Pascua es la cruz. La cruz es la vida consagrada. Muchos están predicando la salvación sin la cruz. Y sin embargo, no hay salvación aparte de la cruz, es decir, de la vida entregada por completo. Predicar una salvación sin la cruz no es el verdadero evangelio.

Pentecostés es el poder de la Pascua. Debemos ser bautizados (inmersos) en el Espíritu Santo y fuego para que podamos vivir la vida crucificada. El Espíritu Santo morando en nosotros es nuestra habilidad para caminar en el Señorío de Jesucristo.

La Pascua sin Pentecostés es la ley. Jesús es la ley escrita en nuestros corazones. Es también la habilidad en nosotros para vivir conforme a la perfecta ley de la libertad. Por eso nos dio Su Espíritu Santo para que pudiéramos ser revestidos con poder de lo alto. Aceptar al Jesús de la Pascua y rechazar al Espíritu Santo de Pentecostés es saber lo que es justo y no tener el poder para hacerlo. De este modo permanecemos bajo la ley. Esto significa para nosotros hacer lo que es recto en nuestras propias fuerzas.

Sin embargo, Pentecostés sin la Pascua es engaño. Cuando no comprendemos que Pentecostés es el poder de la Pascua, tendemos a ir en busca de la “bendición”. Buscamos los dones por causa de tener los dones. Estos se convierten en fines en sí mismos. Pero el don del Espíritu Santo nos es dado para que podamos conocerle (a Jesús) y el poder de Su resurrección.

Pentecostés siempre indicará hacia Tabernáculos, que es la consumación de la Pascua, es decir, la cruz y la vida entregada completamente.

La sanidad y la liberación sin la cruz son superficiales. No somos sanados y librados por ser bautizados (inmersos) en el Espíritu Santo y fuego, sino porque hemos muerto y nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios. (Col. 3:3).

Tabernáculos significa estar reunidos con Jesús. Estamos viendo los primeros frutos de ese evento histórico hoy. Hemos tenido el cumplimiento de la Pascua y de Pentecostés, pero todavía hemos de testificar del cumplimiento de Tabernáculos.

Tabernáculos es el objetivo o la consumación de la Pascua, hecho posible por Pentecostés. La salvación viene en ese final. Está consumada en Tabernáculos.

Capítulo 6 – *Agape*: La vida crucificada

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 6 – *Agape*: La vida crucificada

El Amor de Dios al Hombre

El creyente cristiano es alguien que tiene una relación divina con Dios.

Esta relación nace en el Espíritu de Dios y tiene su fundamento en el amor de Dios.

El amor de Dios fue sacrificado. Cristo Jesús mismo dio un significado final a la palabra griega *ágape*, que significa amor. Es un amor que da hasta que no tiene necesidad de dar más. Es un amor que va más allá del interés egoísta de uno mismo.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo unigénito para que todo aquel que crea en Él, no se pierda, más tenga vida eterna.” (Juan. 3:16).

Dios amó tanto, que dio en extremo... se entregó a Sí mismo.

La voluntad final de Dios es impartir Su vida divina y Su naturaleza a Sus seres creados para que puedan ser como Él es: santos y justos.

Para evitar que el hombre se levante de la consideración de que valgo algo o es digno de algo, Dios basó Su salvación del hombre en Su propio amor, misericordia y gracia. Cuando dependemos totalmente de Dios de ese modo, podemos finalmente llegar a la conclusión de que de ninguna manera somos dioses sabios.

Dios escogió salvarnos de nosotros mismos—nosotros, que nos inclinamos a la autodestrucción—amándonos de tal modo, dándose a Sí mismo tan completamente—y todo eso, aún siendo nosotros completamente inmerecedores de ello (Rom. 5:8).

Así, este es el fundamento del *ágape*: que alguien ceda su vida en gracia y misericordia, a alguien que no lo merece.

El Amor del Hombre a Dios

Habiendo sido hechos dignos por la sangre del Cordero, habiendo sido llenados con la vida y el poder de Dios por medio de la impartición divina de Su Espíritu Santo, recibimos una dimensión más profunda del significado del *ágape*.

Teniendo ahora el ejemplo del Dios perfecto dándose a Sí mismo en misericordia y en gracia al hombre imperfecto, el hombre imperfecto ahora es llamado, e incluso se le ordena a entregarse a cambio al Dios perfecto. El hombre no merecía el *ágape* de Dios. Pero Dios, sin embargo, es absolutamente digno de nuestro *ágape*.

“Os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. (Rom. 12:1).

Dios Se presentó a Sí mismo en la cruz como un sacrificio hasta la muerte—dando hasta que no tenía nada más que dar. Nosotros hemos de presentarnos a Él como un sacrificio de vida—dando nuestro todo hasta que no podamos dar más.

Hemos de sacrificar nuestra vida del yo mediante la participación en Su muerte y sepultura (Rom. 6:4) para que Su vida sea vivida en y a través de nosotros (Gál. 2:20).

Así que la única relación válida que produce vida, que podemos tener con Dios y que es aceptable para Dios, es la que se fundamenta en el *ágape*. Él nos mostró el camino. “*Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos*” (Juan 15:13). Incluso entonces, el amor que damos a Dios sólo puede ser ese amor que Él nos haya impartido primero. Es Su amor obrando a través de nosotros.

El Amor del Hombre al Hombre

Ahora bien, este *ágape* se convierte en el fundamento de nuestra relación con todos los demás en la familia de Dios y más allá. Hemos de seguir Su ejemplo de vida sacrificada. Hemos de amarnos unos a otros en tal misericordia y gracia para que impartamos Su propia vida los unos en los otros. Su amor en nosotros y a través de nosotros produce vida. Ninguna otra forma de vida puede producir vida eterna. Toda la demás vida es material, física, corruptible.

Esta es la diferencia entre la carne y el espíritu: Dios es espíritu. ÉL habla espíritu. Reproduce espíritu y lo hace por medio de Su Espíritu. La carne es corruptible, terrenal, temporal. El Espíritu es incorruptible, celestial y eterno. La carne lleva a la muerte. El Espíritu lleva a la vida. La carne es atadura. El Espíritu es libertad. La carne es egoísta, El Espíritu es generoso.

Considerémonos unos a otros, especialmente a los de la familia de Dios, con este *ágape* por el que nos amamos tanto unos a otros que damos hasta que no queda más necesidad de dar. Porque tal dadivosidad, tal amor, es el mayor testigo que necesita un mundo pecador. “*En esto conocerán que sois Mis discípulos, si amáis unos a otros.*” (Juan 13:35).

Somos atraídos a hacia esa naturaleza de *ágape* de Cristo dentro de cada uno de nosotros.

La obediencia del *Ágape*

Ahora bien, cuando nosotros amamos a Dios de ese modo e igualmente a nuestro prójimo, estaremos operando en el ámbito del Espíritu. Porque el único modo de amar verdaderamente con el amor de Dios es estar en el Espíritu de Dios para descubrir cómo este amor opera en la vida.

Sólo Dios conoce el corazón del hombre. Sólo Dios sabe qué es lo mejor en cada situación dada de la vida. Sólo Dios es la solución a cada necesidad.

Así, los fieles son los que niegan sus propias opiniones a sí mismos para descubrir la opinión de Dios, los que niegan sus propios deseos a sí mismos para descubrir el deseo de Dios, y los que niegan a sí mismos su propia voluntad, para descubrir la voluntad de Dios. Los fieles son los que toman su cruz, se niegan a sí mismos (es decir, mueren a la voluntad del yo) y persiguen lo que Dios está haciendo.

Son los que dicen lo que Dios dice, hacen lo que Dios hace, y son lo que Dios los ha hecho ser. Son verdaderos profetas de Dios; es decir, verdaderos portavoces de Dios por la misma vida que viven. Son cartas vivas, oráculos de Dios.

Una vez que el creyente ha entrado en tal relación *ágape* con Dios, ha cruzado la línea. Ha pasado del ámbito de la carne al ámbito del Espíritu—no sólo de palabra, sino en su caminar.

Su relación con Dios ya no se basa más en el yo—lo que puede obtener de Dios, sino que se fundamenta en Dios—lo que puede dar a Dios.

¿Pero qué puede dar a Dios ante una salvación tan grande, tan rica y tan libre? La respuesta: Él mismo—*“un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios...”* (Rom. 12:1).

No hay nada que podamos hacer por Dios que lleve fruto para Dios excepto lo que Dios, por Su Espíritu, ordene. Dios tiene un plan. Tiene un plan para cada hombre. Ese plan no puede cumplirse en la carne. Sólo puede conseguirse en, con y por el Espíritu de Dios.

El único verdadero orden del Nuevo Testamento para la iglesia es Jesús. Él no es una forma de gobierno, aunque Él tiene gobierno. No es un juego de credos, confesiones y sistemas de creencias; aunque Él pone doctrinas sanas, preceptos y principios a los que adherirse. La verdadera iglesia es un pueblo obediente en una relación correcta con Su Dios.

Jesús nunca hacía nada a excepción de lo que veía o escuchaba al Padre oír o decir (Juan 5:19-20,30; 12:49). En cambio, nos dio el Espíritu Santo y dijo de Él, *“...No hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.”* (Juan 16:13)

Construir lo que Dios está construyendo demanda que el constructor entre en contacto con Dios por Su Espíritu Santo: *“Los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios.”* (Rom. 8:14).

Los fieles son los que sólo quieren construir lo que Dios está construyendo. Le aman tanto. *“Si alguno Me ama, guardará Mis palabras...”* (Juan 14:23).

Los fieles son los que quieren lo mejor de Dios para sus hermanos y hermanas en la familia de Dios. La única forma de saber lo que es mejor, es descubrirlo del Padre.

La Comuni3n del *Ágape*

Tal fidelidad, tal ágape, tal obediencia, tal cercanía de Dios, sólo puede llegar a través de largos momentos de oración y comuni3n con Dios. La única forma de construir cualquier clase de relación con alguien, es pasando tiempo juntos.

Cuánto más tiempo juntos, más se amplía el fundamento para esa relación.

Tengo hijos que viven en otra ciudad. Cuando paso tiempo con ellos, descubro que tengo más cosas sobre las que hablar con ellos porque nos enteramos sobre lo que pasa en las vidas de cada uno. Pero cuánto menos tiempo pasamos juntos, menos parece que tengamos qué decirnos unos a otros. Te imaginas que debería ser completamente lo opuesto, pero no es así.

Cuánto más tiempo pasamos con Dios en oración y en Su Palabra—hablando y escuchando—más aprendemos de Él, de Sus caminos, de Sus deseos/voluntad, Sus propósitos en nuestras vidas, Sus bendiciones sobre nosotros—es infinito porque Él es infinito. Cuánto más nos visitamos, más tenemos de qué hablar.

El Caminar más profundo del *Ágape*

Así que esto es un vistazo a los Tabernáculos. *“Cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque Le veremos tal como Él es.”* (1ª Juan 3:2). Ése es el llamado hacia arriba de Dios (Fil. 3:14), ese ámbito más alto en el Espíritu, ese caminar más profundo con Dios, ese viaje hasta el Monte Sión: ser semejante a Él.

“Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.” (Isaías 2:3, Miqueas 4:2).

Sión habla de un lugar en Dios por el Espíritu, dónde Jesús es lo único que hay. Él es el todo en todos.

Jerusalén habla de la iglesia, la asamblea de los llamados fuera que se reúnen en Jesús.

Una vez que vamos a Sión, nos convertimos en el Sión de Dios. Una vez que recibimos la Palabra, nos convertimos en la palabra de Sión: es decir, de nosotros saldrá la ley y la palabra.

Las multitudes Le seguían con tal de que Jesús alimentara y sanara su carne. Pero los que Le siguieron a las cumbres en busca de una instrucción más profunda en el discipulado fueron sólo unos pocos.

Descubrimos que los ministerios que tienen una reputación de moverse en los dones, pueden atraer a mucha gente.

Pero pocos están interesados en escuchar la palabra que invita a esa vida sacrificada del *ágape*.

Una vez me dijo un hermano cristiano para decirme, “No puedes edificar nada sobre la cruz.” Estaba completamente en lo cierto. Nada de la carne puede

edificarse sobre la predicación de la cruz. Tienes que predicar otro evangelio para conseguir hacer ese edificio.

Pero la predicación de la cruz es la única predicación que construye la casa de Dios, que consigue la gran comisión del evangelio del Reino.

Unos años antes de este escrito, el Espíritu del Señor me indicó que “este evangelio del Reino” todavía no estaba siendo predicado por el mundo como Jesús dijo en Mateo 24:14 que así sería.

Yo pensé, “Pero Señor, ¿Con todos los ministerios de Televisión y los misioneros saliendo...?”

Y de nuevo me dijo, “He dicho, ‘Este evangelio del Reino...”

Sabía que era cierto. Había una forma del evangelio, un aspecto, o algo que pensábamos que era el evangelio, lo que estaba siendo predicado. Incluso podía ver que de cualquier modo, Dios estaba obrando para salvar almas. Pero yo sabía que algo faltaba. Este evangelio del que Jesús hablaba no estaba siendo predicado.

En ese momento no estaba muy seguro lo que era “este evangelio”. Hoy lo veo más claro al ver como surgen estos “crucificados”. No sólo predicán el estilo de vida crucificado, lo viven.

Algunos lo están viviendo y ni siquiera saben como hablar sobre eso. Algunos lo ven y están intentando describirlo pero no están necesariamente caminando en eso. Finalmente, sin embargo, nadie puede hablar de este ámbito hasta que esté realmente caminando en ello.

Tú que lees esta palabra y tienes hambre de ese caminar más profundo, puedes tenerlo, tanto si lo ves ahora o no. Simplemente pidiéndole a Dios que tome control y que te lleve al Lugar Santísimo, a la habitación del trono con él, a esa vida de santidad ante Él, al *ágape*—la vida crucificada.

Capítulo 7 – Glorificación: De Gloria en Gloria

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 7 – Glorificación: De Gloria en Gloria

No somos redimidos, santificados y glorificados para nosotros mismos, sino para Dios. Es Su redención, no la nuestra; Su santificación, no la nuestra; Su glorificación, no la nuestra. Aunque nosotros obtenemos los beneficios de cumplir Sus propósitos en toda la historia, debemos llegar al descubrimiento absoluto de que Él nos compró, y no nosotros a Él. No somos nuestros (1ª (Cor. 6:19-20). Somos Su posesión, vasijas en Su mano para hacer como a Él le agrade.

Cuando llegamos a esta realidad, tendremos que llegar a comprender lo que significa estar crucificados con Él. Del mismo modo que Jesús tuvo que llegar al final de Sí mismo, vaciándose (despojándose) (Fil. 2:7), para que Dios fuera glorificado por medio de Él, así hemos de seguirle en Su bautismo; es decir, dejar que el Espíritu Santo nos lleve al final de nosotros mismos para que Dios pueda ser glorificado a través de nosotros.

Para la alabanza de Su Gloria

Siempre sucede que cuando damos gloria a Dios, Dios nos concede Su gloria. Somos para la alabanza de Su gloria (Efe. 1:6,12).

La única manera de poder ser para la alabanza de Su gloria es darle gloria a Él. La única manera de poder darle gloria es por medio de la vida consagrada. *“Humillaos delante del Señor y Él os exaltará”*. (Santiago 4.10).

Todo lo que hacemos, lo hacemos para Él para que Él pueda ser satisfecho, para que Él pueda ser glorificado. Esto no es decir que hacemos algo para satisfacer a Dios por nuestra salvación. Sólo Jesús satisfizo a Dios por eso. Sin embargo, habiendo recibido redención, nos entregamos de tal forma a Él, que Él vive Su vida a través de nosotros. Cuánto más Él viva Su vida a través de nosotros, más es glorificado y más nos hacemos semejantes a Él. Por tanto, cuánto más nos hacemos semejantes a Él, más participamos de Su gloria.

De este modo, se sostiene que cualquiera que pierda Su vida por causa de Cristo, la hallará. Si pierdes tu vida en Él, serás hallado en Él. Puesto que Él es la resurrección y la vida, ese es el único lugar en el que ser hallados--en Él.

Estando conectados apropiadamente

Esto nos lleva a la necesidad de estar en una relación apropiada con Dios. Necesitamos cultivar esta relación con Dios. Cuánto más estemos en una relación correcta con Él, más caminaremos en comunión y en armonía con Él.

Él es nuestro pacificador. Él es nuestra justicia, nuestra justificación, nuestra redención, nuestra santificación, nuestra provisión, nuestra sanidad, nuestra protección. Él es nuestra glorificación. Nada suyo nos sucede a menos que estemos en una relación correcta con Él.

Él está en nosotros y nosotros estamos en Él, del mismo modo que Él está en el Padre y el Padre está en Él. Somos uno con Él (Juan 17:21).

Cuando Él dijo a Sus discípulos que iba a preparar lugar para ellos, estaba hablando de un lugar en el Padre. *“En la casa de Mi Padre, muchas moradas hay,”* o casas, o

mansiones (Juan 14:2). Juan 17:3 explica que la vida eterna es conocer a Dios y a Jesucristo, a quien Dios había enviado.

Jesús explicó en Juan 15:1 que Él es la vid verdadera. Hemos de permanecer en Él (v.4). Sin Él no podemos hacer nada (v.5).

Si permanecemos en Él y Sus palabras permanecen en nosotros, pediremos lo que queramos y nos será hecho. ¿Qué es lo que pedimos? Que podamos llevar mucho fruto para Él y así, ser Sus discípulos. Mediante esto es glorificado el Padre Dios (v. 7-8).

Esto es un misterio, pero un misterio que tiene que ser comprendido, y además, que debe convertirse en una realidad en cada creyente. No podemos permanecer a la par en el mundo y en el cielo al mismo tiempo. No podemos permanecer en la carne y en el Espíritu al mismo tiempo. No podemos permanecer en Satanás y en Cristo al mismo tiempo.

Vamos a dar gloria a alguien o a algo. Vamos a buscar glorificarnos a nosotros mismos, a otro hombre, o por nuestras propias obras malas, dar gloria a Satanás y a sus obras de oscuridad.

Constantemente estaremos participando de algo. Participaremos o bien de la Palabra, o del mundo. No puede ser las dos cosas a la vez.

Dios está tratando de tal modo con Sus santos hoy para llevarlos al final de ellos mismos hasta una relación santa, pura e incorrupta con Él—no para nosotros (aunque termina siendo para nosotros), sino para Él, para que Él pueda ser el todo en todos.

Avanzamos de fe en fe (Rom. 1:17), de gloria en gloria (2ª Cor. 3:18). Es un proceso que Dios está tratando con nosotros. Estamos siendo conformados a Su imagen (Rom. 8:29), y siendo transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento para que podamos probar cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Rom 12:2).

Cualquier justicia que pensamos que tenemos, no es ni podrá ser nuestra. Es Su justicia. Él es justo. ¡Entra en Él!

Cualquier santificación que pensamos que tenemos, no es ni podrá ser nuestra. Es su santidad. Sólo Él es santo. ¡Entra en Él!

Cualquier glorificación que pensamos que tenemos, no es ni podrá ser nuestra. ¡Es su gloria! Sólo Él es digno. ¡Entra en Él!

Jesús oró por nosotros para llevarnos a la Gloria

Hay un corito que cantamos, “De gloria en gloria, Él me está cambiando, cambiando, cambiando. Su imagen y semejanza para perfeccionarme—el amor de Dios mostrado al mundo”.

Descubrimos que esta gran salvación está completamente envuelta alrededor de quién es Él, no alrededor de quienes somos nosotros; en lo que Él ha hecho, no en lo que nosotros pudiéramos esperar hacer a lo largo de mil vidas.

“Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Ef. 2:8-10).

La oración sacerdotal de Juan 17 incluye esta progresión comenzando en la Pascua, pasando por Pentecostés y llegando hasta Tabernáculos. Es decir, de justificación a santificación, y a glorificación.

JUSTIFICACIÓN /REDENCIÓN. *“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.”* (Juan 17:1-2).

Jesús esperaba la hora de Su propia glorificación, al orar esta oración. A través de Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión, estaría regresando a la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese (v.5).

Además, ya era glorificado en los discípulos que creían en Él y que se hicieron suyos por la fe (v.10).

Así pues, en la gloria de Su muerte, sepultura y resurrección, dio vida eterna: justificación y redención.

SANTIFICACIÓN: Pero dejaba este mundo y a ellos los dejaba en el mundo. Así, prosiguiendo en Su oración, pidió al Padre-Dios que los guardara en Su nombre, para que fueran uno como Él y el padre eran uno (Juan 17:11).

“Santifícalos en tu verdad, Tu Palabra es verdad” (v.17). Como el Padre le envió al mundo, así mismo Él los enviaba al mundo (v.18). Se santificó a Sí mismo por causa de ellos para que ellos pudieran ser santificados por la verdad. Así, envió al Espíritu Santo, el administrador de la verdad, para santificarlos con la verdad.

Jesús explicó a Sus discípulos que era para bien de ellos que Él se marcaba, para poder enviar al Ayudador (el Paracletos: alguien que va al lado), el Espíritu Santo (Juan 16:7). Cuando venga el Espíritu de verdad, los guiará a toda la verdad (v.13). La santificación es un proceso de guía progresivo.

GLORIFICACIÓN. Así, el Espíritu Santo no sólo es dado para continuar glorificando al Hijo modelo, Jesús, sino para que Dios pudiera llevar muchos hijos a la gloria (Heb. 2:10).

Jesús oró, *“Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad...”* (Juan 17:22-23).

“Para que sean perfectos...” tiene que ver con la obra continuadora de santificación cuyo propósito es llevarnos a la obra consumada de la glorificación.

Lo tenemos una y otra vez—tres fiestas, tres atrios, tres fases en nuestro caminar con el Señor. *“¡Sed perfectos, como vuestro Padre en los cielos es perfecto!”* (Mat. 5:48). La palabra “perfecto” significa maduro, completo.

¿Tienes hambre de avanzar con Él? ¿Estás dispuesto a ser bautizado en el Espíritu Santo y fuego para poder dar esa gloria total a Dios en Cristo Jesús?

No nos quedemos cortos de la gloria de Dios (Rom. 3:23).

Capítulo 8 – Como Él es

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 8 – Como Él es

En 1ª Cor. 2:1-2 el apóstol Pablo explica que él no había venido a ellos con un discurso ni sabiduría superior; es decir, con grandes disertaciones filosóficas, tratados teológicos o jerga religiosa. Se había propuesto no conocer nada aún en medio de ellos, a excepción de a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado. Porque en esa persona, en Jesús, y en Su muerte sobre la cruz romana, no sólo se hallaban escondidos todos los propósitos de Dios, sino el cumplimiento de esos propósitos. ¿Qué otra cosa habría de conocer?

Muchos Hijos a la Gloria

No sólo fueron cumplidos los propósitos eternos de Dios en Jesucristo crucificado, sino que Jesús puso en marcha un programa de adopción por el que Dios el Padre daría a luz para Sí mismo, muchos hijos a la gloria, del mismo modo que Jesús, era el Hijo de la gloria. Lo que se cumpliera en Jesús, estaba predeterminado a ser cumplido en los muchos hijos igualmente.

Jesús mismo fue justificado por la misma vida que vivió, y por tanto, se convirtió en el justificador de todos los que creen en Él. Por la fe en Él, que es quien justifica, el creyente se vuelve como Él—justificado.

Asimismo, Él era la justicia de Dios. En Él somos hechos la justicia de Dios. “*A quién no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado para que nosotros fuéramos hechos la justicia de Dios en Él.*” (2ª Cor. 5:21). “*Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.*” (1ª Ped. 2:24).

Todo lo que Él era y es, Él lo es para nosotros. Él es nuestro redentor y nuestra redención. Él es nuestro justificador y nuestra justificación. Él es nuestro salvador y nuestra salvación. Él es nuestro santificador y nuestra santificación. Él es nuestro glorificador y nuestra glorificación.

La revelación de quién es Jesús nos viene en demostración del Espíritu y de poder (1ª Cor. 2:4). Porque “*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu porque el Espíritu todo lo escudriña; aún lo profundo de Dios.*” (v. 10). Por eso hemos recibido el Espíritu—porque tenemos que ir a Pentecostés hasta el Lugar Santo—para que podamos conocer por el Espíritu las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente (v.12).

¿Qué es lo que Dios nos ha dado gratuitamente? Su justificación, Su santificación, Su glorificación, es decir, Su salvación. ¿Cómo hizo todo eso? Entregándose a Sí mismo a nosotros en forma de carne humana, hecho semejante a un hombre pero sin pecado. Nos dio a Jesucristo crucificado. Y cuando Le recibimos por la fe, llegamos a ser lo que Él es.

Ahora bien, eso es algo poderoso—la clase de cosa que solo puede ser revelada en el poder del Espíritu. No es sabiduría de esta era ni perteneciente a los gobernadores de esta era; es decir, de recursos temporales o naturales. Es esa sabiduría que procede de Dios al tener la mente de Cristo. “*Porque, ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Más nosotros tenemos la mente de Cristo* (v.16).

¿Cómo vas a instruir a Dios? ¿Con qué podrías tú instruir a Dios, tú que eres una mera criatura de Dios? Si nosotros tenemos la mente de Cristo, tenemos esa sabiduría que no es de este mundo. Tenemos una sabiduría piadosa. Sabemos quién es Dios y lo que Dios quiere. Le instruimos conforme a Su Palabra y a Su voluntad.

¿Cuál es la oración modelo que Jesús enseñó a Sus discípulos? Le enseñó a orar “Padre Nuestro...” Desde este inicio se les enseñó a acercarse al trono de Dios valientemente para hacer sus peticiones. La misma petición de ellos era cumplir la Palabra de Dios, Su voluntad y Sus propósitos eternos. Y sin embargo habían de instruirle por medio de la oración de ellos a contestar esa oración—exactamente lo que Dios quiere hacer.

Estoy descubriendo que obtenemos lo mejor y lo máximo de Dios cuando demandamos de Él que nos de una impartición de Él mismo a nosotros. Dios quiere desesperadamente impartir todo lo que fue dado por Jesús en la cruz. Pero nunca se impondrá a Sí mismo sobre nosotros. Siempre se coloca a Sí mismo dónde nosotros podamos buscarle. Siempre está cerca, siempre accesible, siempre presente, jamás permitiendo que suframos Su falta más allá de nuestra capacidad (1ª Cor. 10:13); aunque Él no es de poco valor.

No puede ser comprado, pero no es nada de poco valor. A Jesús le costó todo lo que voluntariamente puso por nuestra causa. *“Haya pues, en vosotros, este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y estando en la condición de hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.”* (Fil. 2:5-8).

El abandono del Yo

Para que Sus creyentes lo consigan, aunque Él es dado gratuitamente, deben abandonarse completamente, como hizo Él, a la búsqueda de Dios. Hemos predicado un evangelio crédulo y barato que ha engañado a las multitudes. Sólo por la gracia y la misericordia de Dios, entrarán en Su gloria.

Pero “este evangelio del Reino” que nos llama a la participación de Su muerte (Rom. 6:3-11) y a la participación de Sus padecimientos (Fil.3:10) está siendo restaurado por el Espíritu de Dios hoy día, a aquellos que tienen oídos para oír y ojos para ver.

La ironía del evangelio es ésta: que la única forma de entrar en las cosas de Dios—es decir, en Dios—es por medio del sacrificio voluntario de la propia vida, siguiendo a Jesús en Su bautismo. Él fue bautizado en agua, que fue la señal del comienzo de Su ministerio que apuntaba al bautismo espiritual de Su muerte y sepultura.

“¿Podéis ser bautizados con el bautismo con el que Yo soy bautizado...?” pregunto Él patéticamente a Sus discípulos. Ellos contestaron, *“Podemos”*. En ese momento les prometió su bautismo de padecimientos diciendo, *“en verdad beberéis de Mi copa y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado.”* (Mat. 20:22-23).

Jesús regresó a la gloria por medio del sendero de la muerte, la resurrección y la ascensión. Tenía que ir a la cruz y pasar a través de la cruz. Los que desean ir con Él a la gloria, y participar de Su gloria, deben tomar su cruz diariamente y seguirle (Lucas 9:23). Este es el abandono del yo.

Siendo hechos semejantes a Jesús

“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria,⁸ la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1ª Cor. 2:7-8).

Hay una gloria predestinada esperando a los hijos de Dios que es semejante a la gloria del Hijo de Dios. Si los gobernantes de esta era hubieran podido entender este misterio, esta ironía de la cruz, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria.

Ahora bien, generalmente se piensa de los gobernantes de esta era como fuerzas demoníacas (Ef. 6:12). Satanás mismo es descrito como el príncipe de la potestad del aire (Efe. 2:2). Jesús destruyó todas las obras del diablo (1ª Juan 3:8).

Así, es lógico que lo que Pablo quiere decir en 1ª Corintios 2:8 es que Satanás nunca habría provocado la muerte de Jesús si hubiera sabido que Su muerte significaría Su glorificación. Satanás operó a través de hombres ambiciosos y hambrientos de poder para que crucificaran al Señor de la gloria, pero en el proceso destruyó sus propias obras—otra ironía del evangelio.

“Pero como está escrito”, Pablo cita de Isaías 64:4, estaban sucediendo cosas “que ojo no ha visto ni oído ha oído, ni han entrado en corazón de hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que Le aman” (1ª Cor. 2:9).

Este versículo ha sido desparramado como perlas arrojadas a los cerdos por aquellos que lo usan para reclamar posesiones materiales para ellos mismos. *“Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Marcos 8:36).*

Déjame que te pregunte, y ¡Ten cuidado! Tu respuesta te delatará. Si pudieras hacer que este versículo significara para ti que podrías ganar el mundo o que podrías conseguir todo lo que Cristo es, ¿Qué escogerías? ¿Le escogerías a Él al costo de tu propio yo, de tu propia vida, de toda ganancia material? Después de todo, ¿Cuál fue el problema con el joven rico que quería la vida eterna? (Luc. 18:18). La Escritura dice que se fue triste porque tenía muchas riquezas.

¿Puede un hombre rico llegar al cielo? ¡Ciertamente! Siempre que sus riquezas no sean su dios; siempre que no ponga su confianza en ellas, en la medida en que le gobiernen; siempre que pudiera abandonarlas por causa del evangelio.

¡Hay tantísimo en todo esto, muchísimo más que cualquier cosa que pudiera ofrecernos este viejo mundo a lo largo de mil vidas: ser hechos semejantes a Él! Ser revelado delante del mundo entero como un hijo glorificado de Dios. No que busquemos la gloria para el yo, sino para la gloria de Dios, para que en verdad podamos ser para la alabanza de Su gloria (Efe. 1:6,12).

Ahora bien, finalmente llegamos a esto: ¿Qué es lo que Dios ha preparado a los que Le aman? ¿Cuerpos sanos? ¿Cadillacs? ¡Venga ya! Mírale más de cerca. ¿Qué es lo que Dios quiere? Lee de nuevo 1ª Cor. 2:7, *“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”.*

Lo que Dios quiere en nosotros es lo mismo que tenía en Jesús. Jesús era el patrón, la pista, el templo, la cabeza del cuerpo. Síguele a través de Su vida, muerte, sepultura, resurrección y ascensión.

Estamos siendo hechos manifiestos (sacados a luz, hechos visibles, revelados) como hijos del mismo modo que Él era el Hijo. Ahora bien, nosotros no somos dioses. No te vayas en esa dirección. No te vuelvas arrogante. Recuerda, el único modo de que alguien entre al Reino de Dios es de rodillas.

La falsificación del diablo de esta manifestación de los hijos en los últimos tiempos se encuentra en el movimiento de la Nueva Era por medio del cual, los hombres arrogantes piensan que son dioses al pensar que pueden perfeccionarse a sí mismos y a su mundo, entrando en armonía unos con otros y con la creación por medio de la meditación y de otras prácticas ocultas demoníacas.

¿Cómo pueden los seres creados esperar estar en armonía con cualquier cosa sin el Creador? Es necesidad que lleva a los abismos del infierno.

Pero donde hay una falsificación, debe haber una realidad. Hay una gloria que espera a los verdaderos hijos de Dios.

Llegando a ser lo que fue Jesús

La gloria de los hijos es que toman la naturaleza del hijo. Esto es radical y difícil de decir, pero así se traduce:

Al ser Él la justicia de Dios, en Él nos hacemos la justicia de Dios. Siendo Él perfecto y sin pecado, nosotros nos volvemos perfectos y sin pecado en esta vida. *“Sed perfectos, como vuestro Padre en los cielos es perfecto.”* (Mat. 5:48). ¿Pediría Dios de nosotros algo imposible? Con los hombres, es imposible, en la carne es imposible, pero con Dios, todas las cosas son posibles. (Mat. 19:26; Marcos 10:27; Lucas 18:27).

Jesús fue justificado delante de Dios, por lo que se convirtió en nuestra justificación, y así, en nuestro justificador, y así, somos justificados como lo fue Él.

Jesús fue santificado ante Dios, y así, se convirtió en nuestra santificación, y así en nuestro santificador, por lo que somos santificados como lo fue Él. (Somos santificados por la sangre [Heb. 13:12], la Palabra [Juan 17:7] y el Espíritu [1ª Cor. 6:11]).

Jesús fue glorificado (Juan 13:31; Hechos 3:13) ante Dios, por lo que se convirtió en nuestra glorificación, y así en nuestro glorificador (Rom. 8:30), por lo que nosotros somos glorificados (Rom. 8:17), como lo fue Él.

La fuerza de lo que intento decir está en la frase, “así como Él es”. La Escritura me lo confirma. Juan, escribiendo sobre Él en el contexto del amor, dijo, *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.”* (1ª Juan 3:2).

Jesús se está manifestando a Sí mismo, es decir, estar revelándose—más y más incluso antes de que venga en toda Su gloria. Aquellos a quienes Él Se revele, están ellos mismos siendo transformados conforme a Su naturaleza.

Cuando Moisés bajó de la montaña después de haber estado en la presencia de Dios durante cuarenta días, no sólo resplandecía la gloria de su rostro, sino que tenía la palabra de Dios en su interior. Tenía esa Ley interna. Conocía el corazón de Dios y sentía lo que Dios sentía. Por eso arrojó las tablas de piedra al ver a la Israel ramera bailando orgías alrededor de su becerro de oro.

Cuánto más estés en la presencia de Dios, más te volverás como Él es.

Tú eres transformado en aquello con lo que tienes comunión—bien sea el pecado y el mundo, o en la justicia y las cosas celestiales. *“Las malas compañías corrompen las buenas costumbres”* (1ª Cor. 15:33).

Convertirse en la Palabra

En el pasado hemos intentado conseguir las cosas de Dios apropiándonos de la palabra de Dios. Hemos tratado de ser sanados, librados y bendecidos confesando la palabra. Hemos hablado de bajar la palabra a lo más profundo de nuestros espíritus.

La realidad de todo ello es que nada puede ser conseguido intentando apropiarse de la palabra. Tenemos que convertirnos en la Palabra. Jesús era la Palabra hecha carne. Al estar en Él y Él en nosotros, nosotros también nos hacemos como Él, la Palabra de Dios. De igual modo que Él era la Palabra hecha carne, nosotros que somos carne estamos siendo hechos la palabra.

De igual modo que Él es amor, nosotros somos amor; de igual modo que Él es paz, nosotros somos paz; de igual modo que Él es gozo, nosotros somos gozo. Como Él es paciencia, bondad, mansedumbre, etc., así también nosotros.

De igual modo que Él es Espíritu, así también somos nosotros del Espíritu. Los dones del Espíritu simplemente son la impartición del Espíritu mismo. Cuando operamos en la palabra de ciencia, esto no es algo que nosotros tengamos, sino la persona del Espíritu que procede de estar en relación con Él.

No es que simplemente tenemos un don del Espíritu, recibimos el Espíritu y así, nos hacemos uno con Él. O somos uno con Él o no somos uno con Él. La Biblia dice que somos uno. Es como mezclar agua con agua. Cuando Su Espíritu hace que nuestros espíritus nazcan de nuevo conforme a Su misma naturaleza, tenemos Espíritu mezclado con Espíritu, no nuestro espíritu sino el Suyo.

Al convertirse en el instrumento de Dios de Él mismo

Jesús dijo: *“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”* (Juan 15:7). Si pides algo para el yo, sólo estás demostrando que no estás en realidad permaneciendo en la palabra. Si permaneces en Él y Su palabra permanece en ti, no sólo quieres lo que Él quiere, sino que te conviertes en el medio por el que Él lo consigue.

Dios quería al pueblo sano. Envió a Jesús a sanar. Jesús jamás oró para que nadie fuera sano. Los sanó. Y después los comisionó para ir y hacer lo mismo—poner las manos sobre los enfermos y sanarlos.

Dios no quería un pueblo poseído ni oprimido por demonios, y así envió a Jesús, el libertador, para liberar a los cautivos. Jesús no oró por ellos para liberarlos. Expulsó a los demonios. Después dio a Sus discípulos autoridad para hollar serpientes y escorpiones y sobre toda fuerza del enemigo, con la garantía de que nada de ninguna manera les haría daño. (Lucas 10:19).

Dios no quería que nadie se perdiera, por lo que envió a Su unigénito Hijo para que todo aquel que creyera en Él, no se perdiera sino que tuviera vida eterna (Juan 3:16). Jesús no ora por la salvación de la gente. Derramó Su sangre y por medio de ello, los perdonó de sus pecados y los salvó.

Después comisionó a Sus discípulos a que fueran, enseñaran, bautizaran (Mat. 28:18-20). Ciertamente hemos de orar por la salvación de las personas. Pero con frecuencia, es lo más lejos que vamos. Incluso hemos recibido autoridad para perdonar pecados. *“A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos”* (Juan 20:23).

Esta autoridad para perdonar pecados ofende a nuestras mentes, pero considera la fuerza de la declaración que le precede en el versículo 21 *“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío”* (Juan 20:21). EL Padre envió a Jesús, portando la misma vida de la que Él, el Padre era. En el poder y en la autoridad de esa vida, Jesús no sólo operó en nombre de Dios, sino que fue Dios. Era la vida de Dios. A lo largo de su evangelio, Juan late con la idea de que cualquiera que crea en Jesús, tiene esta vida en su interior también. ¡Piensa en eso!

Ni somos ni jamás podremos ser el Salvador. Sólo Jesús es el Salvador. Lo mejor es que dejemos de intentar salvar a la gente en nuestras propias fuerzas. Nadie puede ser salvo por el derramamiento de nuestra sangre como nadie puede ser salvo por la sangre de cabras, de ovejas o toros (Heb. 10:4). Sólo Jesús es el Salvador. Somos expiados sólo por Su sangre preciosa, justa, santa e incorruptible. Gloria a Su santo nombre.

No obstante, nosotros somos Sus testigos. El mensaje del evangelismo hoy día es que la salvación de las almas no puede conseguirse ni jamás se conseguirá por medio de programas, tratados impresos, campañas, etc. sino en manos de los que se atrevan a convertirse como Él: epístolas vivas—Su vida suelta en el mundo.

Al vivir y moverse Él en nosotros, moldeándonos conforme a Su naturaleza, llenándonos con Su Espíritu y derramándonos con Su vida, entonces y solo entonces el mundo verá, llegará a conocer y será ganado para el Rey de reyes y Señor de señores.

“Como Él es, así somos nosotros en este mundo” (1ª Juan 4:17).

¿Qué cosas no ha visto ojo, ni ha oído oído, ni han entrado en corazón de hombre? La revelación del Jesús glorificado y la revelación de Sus crucificados—que portan Su imagen a la gloria.

Capítulo 9 -- Entrando en Su reposo

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 9 -- Entrando en Su reposo

El surgimiento de los crucificados es al mismo tiempo, la abolición de las obras muertas. Todo aquello que se consigue por medio de ellos, será conseguido desde el reposo.

“Queda pues, un reposo para el pueblo de Dios.” (Heb. 4:9).

El autor de Hebreos esta preocupado de que sus lectores pudieran seguir el camino de sus padres (Israel), que murieron en el desierto y no entraron en su reposo prometido por causa de incredulidad (Heb. 3:16-19).

Pero Dios había prometido un reposo para Su pueblo. Dios no puede echarse atrás de Su Palabra. De este modo, si fracasaban en entrar, había reservado un pueblo que entraría en Su reposo, que cumpliría Su promesa. *“Queda pues, un reposo para el pueblo de Dios”.*

¿Qué es este reposo y como entramos a él? Sin duda alguna, todos sentimos el cansancio de nuestras obras. Frecuentemente sentimos que nuestras obras están muertas. La única manera de mantenerlas vivas es mantenerlas vivas. Aquello que es de Dios no tiene que ser mantenido vivo por nuestras fuerzas. No tenemos en absoluto capacidad para producir nada digno para Dios por nuestras propias fuerzas. *“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”* (Zac. 4:6).

Fe y Reposo

Existía la posibilidad de que estos creyentes en Cristo Jesús también se apartaran del Dios vivo por la incredulidad que el escritor afirma que refleja un corazón malo (Heb. 3:12).

“Porque somos hechos participantes de Cristo”, dice el autor, *“con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio”* (Heb. 3:14).

Esta amenaza es tan real en la opinión del escritor de Hebreos que les pide que teman, no sea que alguno de ellos no alcance este reposo (Heb. 4:1).

Vemos aquí la relación entre reposo y fe. El hecho es que el “reposo” de Dios es el resultado directo de tener fe en Dios. Porque el que está fuera del reposo, está fuera de la fe. Cuando alguien está en la fe—es decir, descansando en la obra terminada de Dios—está en la mejor posición para agradar a Dios. Porque sin fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11:6).

Las buenas nuevas de Dios fueron predicadas a nosotros, nos explica el autor de Hebreos, como lo fueron a ellos, refiriéndose a los padres israelitas en el desierto. Tenían el testimonio de Dios dado a ellos por medio de Moisés. Pero la palabra que escucharon no les fue de provecho, no les llevó al reposo prometido, porque no mezclaron lo que escucharon con fe (Heb. 4:2). Porque nosotros los que creemos entramos en ese reposo.

Muchos afirman creer, pero no están en reposo. Dicen que creen que Dios está en el trono, pero no viven sus vidas conforme a eso. Viven en temor, preocupación, ansiedad, desánimo, y cosas semejantes. Luchan por hacerse un camino para ellos mismos como si pudieran ordenar sus propios pasos. Tiran, aflojan, agonizan para manipular las circunstancias hasta que esas circunstancias concuerdan con su plan. Mienten, engañan, roban, hacen lo que sea para tratar de salir adelante. Pero todas esas cosas son las obras de incredulidad. ¡Como si Dios no pudiera!

Fe y la obra terminada de Dios

El autor de Hebreos quería que Su audiencia y nosotros mismos hoy tuviéramos fe en la obra terminada de Dios, que fue terminada desde la fundación del mundo (Heb. 4:3b). Si Dios ha reposado de Sus obras, ¿Por qué estamos como un flan al respecto?

Una vez en el pasado, estaba intentando por todos los medios hacer algo desesperadamente para Dios en mis propias fuerzas. Todos queremos hacerlo. Y el Espíritu del Señor me testificó: “Cuando tú trabajas, Yo descanso. Cuando tú descansas, Yo trabajo.”

Cuando entramos en la fe, sabiendo que Dios conoce el fin desde el principio, que *“somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios ordenó para que anduviésemos en ellas”* (Efe. 2:10). Y que *“todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que son llamados conforme a Su propósito”* (Rom. 8:28), entonces obedecemos la voz del Maestro, *“No os afanéis por vuestra vida...”* (Mat. 6:25-34).

Marcos 11:22 dice, *“Tened fe en Dios”*. Muchos lo han tomado como que hemos de tener fe en Dios para conseguir cosas—todo lo que queramos. Este énfasis en la fe por cosas, ha sido tan desgastado, que algunos están intentando tener fe en la fe.

Hay un recibir de Dios que resulta de nuestra participación en Dios. Porque cuánto más y más llegamos a conocerle, conoceremos Su corazón, Su voluntad, Sus caminos y eso es lo que pediremos.

Pero el énfasis, creo, en Marcos 11:22-24 está “en Dios”. Tened fe en Dios. Punto. Tened fe en sus obras acabadas. Creed la palabra de Dios, pues la palabra de Dios es la voluntad de Dios. La palabra de Dios es la expresión de Su corazón. La palabra de Dios es Dios expresado en palabras. Su palabra debe ser cumplida. Será la consumación, el resumen de todas las cosas en Él (Efe. 1:10).

Fe y obras muertas

La fe que hemos de tener que nos lleva a ese reposo prometido, no se consigue fácilmente. *“Procuramos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia”* (Heb. 4:11).

El hecho es que nuestra naturaleza de hombre de carne está caída y aún se halla bajo la maldición de las obras. No podemos imaginar un evangelio que no requiera algunas obras por nuestra parte. Tenemos que trabajar para permanecer en la fe y en el reposo.

La mayor parte del empuje del Cristianismo institucional se basa en obras. A los creyentes se les hace sentir culpables si no operan conforme a las normas, reglas, doctrinas, tradiciones y muchas expectativas no escritas que son puestas sobre ellos por los que quieren controlarlos y poseerlos. Están bajo la letra de la ley en sus propias iglesias y han suprimido en ellos la vida del Espíritu.

Jesús, nuestro reposo del Sabbat

Pero está surgiendo un pueblo que está mirando hacia Tabernáculos, que están entrando en el Lugar Santísimo—entrando en ese lugar de fe absoluta en Dios—entrando en ese reposo prometido.

No están interesados ya más en obras por causa de las obras. No tienen agenda propia que quieran promocionar. No tienen nada del yo qué ganar. Su preocupación por completo es buscar la voluntad de Dios y hacerla.

Cuando nosotros obedecemos diligentemente la palabra del Señor, descubriremos que Él, el Espíritu de la verdad, el Consolador, siempre nos llevará al reposo. Nos llevará a Jesús, que se ha convertido por nosotros en nuestro reposo del Sabbat.

Más que ninguna otra cosa, Jesús quería apuntar que Él era el cumplimiento del Sabbat de Dios. Él era el cumplimiento de toda la Ley y los profetas. Todo lo que los profetas dijeron sobre Dios se completó en Jesús, que era Dios.

El ejemplo clásico de esta declaración lo encontramos en Mateo 12:1-8. Jesús y Sus discípulos pasaban por un campo de grano, y estando hambrientos, comieron de ello. Los Fariseos los vieron y preguntaron a Jesús por qué hacían lo que no era lícito hacer en el Sabbat. Él les contestó declarando que Él, el Hijo del Hombre, es el Señor incluso del día del Sabbat.

Jesús es el reposo del Sabbat para todos aquellos que creen en Él, para todos los que ponen su confianza en el hecho de que en la cruz, Él terminó la obra de Dios.

Quedan aún en la Cristiandad los que debaten todavía si deberíamos ir a la iglesia y adorar a Dios en el sábado, siendo éste el Sabbat, o el domingo, el día de Su resurrección.

Fracasan en el reconocimiento de que primero que nada, la iglesia es el pueblo de Dios y no un lugar dónde ir, y después, en que Dios no está buscando adoradores de sábado o de domingo solamente. *“Viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca que tales adoradores Le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad [no en legalismo] es necesario que adoren.”* (Juan 4:23-24).

Nosotros somos el templo del Espíritu Santo. Somos santuarios vivientes y movibles en los que el Dios todopoderoso ha tomado residencia para que podamos ser linaje escogido, real sacerdocio, nación santo, Su pueblo escogido y peculiar—para que anunciemos las virtudes de Aquel que nos llamó de la oscuridad a Su luz admirable (1ª Ped. 2:9).

Cuando Dios dio a Moisés instrucciones para la observancia del Sabbat y de las fiestas anuales, repetidamente los llamó al reposo. Seis veces distintas les ordenó en Levítico 23, *“Ningún trabajo harás”*... “Servil” sugiere la característica del comportamiento sometido de un esclavo. El término tiene un uso religioso. Hablaba del servicio o de la adoración de Dios.

El Antiguo Testamento es el tipo en el ámbito natural de todo aquello que se volvió realidad espiritual en el Nuevo Testamento. Jesús se hizo por nosotros nuestro reposo del Sabbat, y entramos en ese reposo estando en Él cada día de cada semana.

Fe y Obediencia

Ahora más que nunca, si alguna vez hemos esperado estar en compañía de los crucificados, tendremos que entrar en el reposo del Sabbat.

Entramos a ese reposo mediante la obediencia radical al Espíritu de Dios. Obedecer radicalmente es creer radicalmente y confiar en Dios hasta el punto de parecer locos al mundo.

Josué recibió la enorme tarea de tomar la fortaleza de Jericó. No había forma ni ingenuidad en las fuerzas humanas para que él consiguiera esta tarea. Pero Dios le hizo una demanda ridícula.

Dios le dijo que fuera contra Jericó, que había dado a Jericó en sus manos (Jos. 6:2). Josué tenía la palabra de Dios antes de tenerla en el ámbito de lo natural. Pero eso era lo único que necesitaba. Conocía a Dios. Tenía relación con este Dios. Sabía que la palabra de Dios era Su promesa, que era algo certero.

Había de marchar durante seis días alrededor de la ciudad, una vez por día. Los sacerdotes debían llevar las siete trompetas de cuernos de carnero y salir delante del arca del Pacto. El arca del pacto era la presencia de Dios. Donde Dios está, ahí está el poder de Dios.

Después, en el día séptimo, habían de rodear la ciudad siete veces y los sacerdotes habían de tocar las trompetas. Cuando el pueblo escuchó el largo toque de las trompetas, los muros se vinieron abajo.

Definitivamente, había algo que ellos tenían que hacer, y algunos podrían haberse cansado caminando y esperando siete días, pero comparado con la tarea que tenían por delante, tomaron la ciudad en reposo. Dios hizo toda la obra. Ellos simplemente tenían que obedecer.

A lo largo de las escrituras, una vez tras otra vemos el poder de Dios liberado a través de la obediencia. La obediencia, la fe, el reposo, son meramente sinónimos—formas distintas de decir una misma cosa.

Siempre habrá directrices para que las obedezcamos, pero siempre nos serán dadas en la gracia y en la unción del Espíritu Santo. A quién Dios nombra, Él lo unge.

Si nos encontramos a nosotros mismos en “esclavitud”, haciendo un trabajo servil en temas espirituales, vamos a encontrarnos con el desagrado de nuestro Dios. En un momento dado, Dios advirtió de que cualquiera que fuera hallado haciendo trabajo en el Día de la Expiación, sería destruido (Lev. 23:30). ¿Por qué? Porque Jesús expió los pecados del mundo. No podemos trabajar para ganar nuestra expiación (o salvación).

“Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe...” (Efe. 2:8). Nunca podemos apartarnos de este pasaje. Yo lo llamo la plomada del evangelio. Si un hombre le añade cualquier cosa o intenta quitar algo de ello, es del grupo de la circuncisión—un Judaizante moderno.

En Levítico 23, la versión King James de la Biblia traduce como “servil” como “cotidiano”. *“No harás trabajo cotidiano...”* Estoy a favor de la forma como es que traducido por la American Standard: *“No harás trabajo laborioso....”*

Si alguien en Cristo tiene más que hacer qué tiempo para hacerlo, algunas de esas cosas no son del Señor. Estará en falta de reposo y fuera de la fe. Está metido en obras muertas—madero, paja y hojarasca para ser echados en el fuego y quemados.

Las únicas obras duraderas de oro y plata surgen del fuego de la obediencia del refinador. Dios está trabajando, trayendo a la realidad aquello que ya ha sido acabado.

“Procuremos, pues, entrar en aquel reposo...” (Heb. 4:11).

Obedécele explícitamente en todo.

Vive la vida crucificada para que la gloria del Señor pueda ser revelada en y a través de ti en esta hora final antes de que Él venga.

Capítulo 10 – El viejo orden / El nuevo orden: El Ser de Dios

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 10 – El viejo orden / El nuevo orden: El Ser de Dios en nosotros

Los crucificados son una nueva raza de Cristianos en el mundo hoy día. Son un nuevo orden en contraste con un viejo orden de Cristianos.

El viejo orden de Cristianos está esencialmente bajo la ley—no necesariamente la ley del Antiguo Testamento, sino leyes de su propia creación. Son guardados por normas y reglas que les gobiernan porque no son gobernados ni motivados por el poder y la vida de Dios obrando dentro de ellos.

Dar

Bajo el viejo orden, el Cristiano tiene que ser empujado a dar. Bajo el nuevo orden, el cristiano es por naturaleza un dador. El viejo está bajo la ley de diezmar. El nuevo es el diezmo, es decir, todo lo que él es y tiene es una ofrenda de primicias para su Dios.

Todo lo que Él es y tiene es de Dios a su orden. No tiene que ser exhortado por el predicador para hacer o para dar nada. Está un paso al frente del predicador. Está constantemente en sintonía con el Espíritu Santo que le guía en todo lo que hace, dice o da.

Fidelidad

Bajo el viejo orden, el Cristiano tiene que ser exhortado a la fidelidad. Bajo el nuevo, es por naturaleza fiel. Viene y va y hace conforme a la voluntad de Su Padre.

Es fiel porque es confiado. Cree en Dios, pone su confianza en Dios y tiene confianza en Dios de que *“todo ayuda a bien a los que aman a Dios, a los que conforme a Su propósito son llamados”* (Rom. 8:28).

Porque confía en Dios, él mismo es digno de confianza. He descubierto a lo largo de los años que el que no puede confiar en los demás, no es digno de confianza él mismo. Tendemos a proyectar en los demás lo que vemos en nosotros mismos.

Las personas confiadas son personas fieles. Las personas fieles son personas obedientes. No es que son fieles y obedientes para hacer lo que se les dice; son fieles y obedientes para ser lo que se les ha hechos ser. Han sido formados y re-formados por su Creador para ser como Él es.

Iglesia

Ahora bien, esta importante distinción entre el viejo orden del Cristiano y el nuevo va a hacerse cada vez más evidente con el tiempo.

El Cristiano del viejo orden va a la iglesia. Ha sido programado para ir, exhortado a la fidelidad en la asistencia, animado en la participación de los programas, etc., La iglesia es lo que él hace. En la mayoría de los casos, es su religión.

Pero el Cristiano del nuevo orden es la iglesia. Se ve a sí mismo como la misma extensión de Jesucristo en el mundo hoy. No tiene que ser exhortado para ir a la iglesia, es el templo del Espíritu Santo junto con los otros creyentes verdaderos.

En este nuevo orden, entre esta nueva raza, hay un sentir de hartura de jugar a la iglesia. No están interesados ya más en el iglesianismo. Son liberados en el mundo para ser la iglesia.

Entienden muy bien que el cuerpo debe reunirse de vez en cuando para ganar fuerza unos de otros a partir de los ministerios, dones y frutos del Espíritu colocados en el cuerpo. Se reúnen para recabar fuerzas y se dispersan para el servicio.

Oración

El Cristiano del viejo orden tiene que ser exhortado para orar mientras que el del nuevo orden es la oración. Es decir, está en tal comunión con el Padre por el Espíritu que conoce la mente de Cristo y ha tomado la imagen de su Padre por medio de Cristo. No tiene que "orar" para recibir respuestas más que nada porque él es la respuesta a la oración.

No ora necesariamente por la sanidad de alguien. Lo sana en el nombre de Jesús cuando ve por el Espíritu que la sanidad es lo que el Padre está haciendo. Como su hermano mayor Jesús antes que él, sólo hace lo que ve hacer al Padre.

Es una reunión de oración andante

Ayuno

Puede que ayune con frecuencia. Pero su gran ayuno no está en abstenerse de ciertos alimentos y bebidas de vez en cuando, sino en la negación total de su vida del yo todo el tiempo. Por tanto, es un ayuno viviente para su Dios.

Alabanza

No tiene que ser exhortado a la alabanza como los viejos Cristianos. Él entero es para la alabanza de Su Padre. La alabanza brota desde dentro de él como ríos de agua viva. Alaba a lo largo de todo el día. La alabanza está en sus labios por siempre. No puede evitar alabar porque la alabanza para su Dios es la abundancia de su corazón.

Adoración

¡De igual modo la adoración! No tiene que tener un boletín para guiarle en su adoración. No tiene que ir a esta montaña o a esta otra (a esta catedral o a esta otra) en los días indicados para poder adorar. Tampoco el Padre busca esta forma de adoración.

Porque viene la hora y ahora es, cuando el Padre busca un pueblo que Le adore en espíritu y en verdad (Juan 4:23).

No puedes adorarle en verdad a menos que sea en el espíritu. El es tanto Espíritu como Verdad. El verdadero adorador, por tanto, debe adorarle mientras permanece en Él.

Hacer el Bien

El cristiano del viejo orden ha de ser exhortado a hacer el bien. Tiene que tener leyes, credos, doctrinas, normas y reglas deletreadas para él para que pueda saber como vivir justamente. Pero esto es la ley. La letra mata.

El Espíritu de Dios que permanece dentro del Cristiano del Nuevo orden es Él mismo el administrador de la ley escrita dentro del corazón del creyente.

Este cristiano del nuevo orden es la justicia de Dios.

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Ped. 2:24)

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” (2ª Cor. 5:21)

El hacer el bien para el Cristiano del nuevo orden es irrelevante, puesto que la bondad de Dios es manifiesta a través de él.

Hacer / Ser

Y así es con todo lo demás que pueda decirse de la vida cristiana. El viejo orden es un orden externo de hacer, mientras que el nuevo es la realidad interna de ser.

Por supuesto, sigue siendo cierto que lo que uno sea por dentro determinará lo que haga en lo externo. La diferencia entre ser religioso y ser nacido de nuevo es ésta: que el que es nacido de nuevo tiene su misma naturaleza transformada por el poder de Dios. La religión, en el mejor de los casos, solo puede controlar o modificar el comportamiento externo de una persona.

El que es nacido de nuevo una vez fue una cosa; ahora es otra. *“Por tanto, si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas.”* (2ª Cor. 5:17).

Piedad

El viejo hombre de la carne ha sido crucificado y enterrado en la misma muerte y sepultura de Jesucristo. Es historia en lo que Dios concierne. Sólo el diablo y la carne están interesados en mantener vivo a ese viejo hombre de la carne.

El Cristiano del viejo orden trata en el mejor de los casos, de imitar la piedad, de imitar a Cristo. El Cristiano del nuevo orden tiene la misma naturaleza de la piedad nacida en él y por tanto, cada vez se hace más piadoso día a día. Como Dios es--¡así es él!

El Ser de Dios

Cuando Dios llamó a Moisés para ir a Egipto y sacar a los israelitas de su esclavitud, Moisés quería saber lo que había de decirles cuando le preguntasen el nombre del Dios de sus padres. Dios respondió, *“YO SOY EL QUE SOY”* (Éxodo 3:13-14). Esto tiene que ver con el nombre YHWH ó Yahweh (transcrito Jehová), que se deriva del verbo *hayah*, “ser”. ¡El verbo de ser! Dios no permanece en la historia con un pasado y con un futuro. Él siempre está presente. ¡El es!

Por esta razón, Jesús, siendo Dios, es *“el mismo ayer y hoy y por los siglos”* (Heb. 13:8).

Dios inventó el tiempo. Él es el autor de la historia. Él ya conoce desde el principio. Él lo ha determinado. Sin embargo, en Su soberanía y omnipotencia, Él puede permitir la libertad de las voluntades humanas. (Sus caminos no son nuestros caminos... Is. 55:8).

Esto nos ayuda en nuestra fe por comprender el “ser” de Dios.

Llevando Su Naturaleza

Pero va más allá de todo esto.

Jesús dejó muy claro que ÉL era el “YO SOY” del Antiguo Testamento (Juan 8:58).

A través del evangelio de Juan, las palabras griegas *ego eimi*, que significan literalmente “Yo”, “Yo Soy”, se usan para explicar a Jesús. Usando este término, Él dijo de Sí mismo:

YO SOY

Mesías (Juan 4:25-26)

El Pan de Vida (Juan 6:35,48,51)

La Luz del Mundo (Juan 8:12)

La Puerta de las Ovejas (Juan 10:7)

El Buen Pastor (Juan 10:11)

La Resurrección y la Vida (Juan 11:25)

El Maestro y Señor (Juan 13:13)

El Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14:6)

La Vid verdadera (Juan 15:1)

Jesús (que significa Salvación) (Juan 18:5-8)

“... Cómo Él es, así somos nosotros en ese mundo” (1ª Juan 4:17)

Él es amor, así, nosotros somos amor.

Él es justo, así nosotros somos justos.

Él es fe, así nosotros somos fe.

Él es espíritu, así nosotros somos espíritu.

Él es verdad, así nosotros somos verdad.

Él es vida eterna, así nosotros somos vida eterna.

¡El es! ¡Así somos nosotros!

Cómo Él es el gran YO SOY, nosotros nos hemos convertido en Él pequeños “Yo soy”.

Jesús dijo de Sí mismo: *“Yo soy la luz del mundo”* (Juan 8:12). Él dijo a Sus discípulos, *“Vosotros sois la luz del mundo”* (Mateo 5:14). La única manera de que sus discípulos puedan ser luz es tener la Luz de la vida viviendo en ellos y resplandeciendo a través de ellos. No hay forma de poder imitarle. O bien eres de Su misma naturaleza o eres un falso.

Esto no es un viaje para el ego en el que nos embarcamos. Debo recordar al lector que entramos a través del arrepentimiento, mansedumbre, gentileza, humildad, sometimiento, fe y obediencia. Tomamos Su naturaleza—la de Aquel que se despojó a Sí mismo.

El Cristiano del nuevo orden, esta nueva raza de crucificados, se está volviendo más y más como Él. Es un asunto de menos hacer y más de ser.

Jesús hizo lo que hizo por causa de quien era. Y así es con nosotros, que vamos de gloria en gloria, de fe en fe—haremos más desde lo que somos que desde expectativas religiosas puestas sobre nosotros.

Capítulo 11 – Agua en Vino

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 11 – Agua en Vino

El surgimiento de los crucificados es lo que Dios está haciendo en el mundo hoy. Son el nuevo vino que está siendo vertido en odres nuevos.

Cuando Jesús obró el milagro en Caná (Juan 2), cambió el agua en vino. En la Biblia, generalmente el agua es un tipo de la palabra de Dios (Efe. 5:26), y el vino representa la sangre de Jesús, al hablar de Sí mismo con respecto a la cena del Señor: *“De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”* (Luc. 22:20).

Hasta que el agua de la palabra de Dios no se convierta en el vino de la sangre de Dios, no tendrá ningún valor redentor. Jesús era la Palabra hecha carne (Juan 1:1,14). También era el Cordero de Dios (Juan 1:36, Apoc. 5:5-10). Vino como la Palabra y murió como el Cordero. La Palabra se convirtió en la Sangre: el agua se hizo vino.

La naturaleza profética del evento

Creo que Juan está haciendo una declaración deliberada por el Espíritu Santo al preservar este milagro en Caná como *“principio de señales que Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria...”* (Juan 2:11). Sirve proféticamente tanto para la crucifixión de Jesús como para el surgimiento de los crucificados en estos últimos tiempos.

El hecho de que fuera en el contexto de una boda es significativo. La historia completa de la Biblia comienza y termina con una boda. En el principio Él hizo al hombre y desde Él, hizo una ayuda idónea y declaró, *“serán una sola carne”* (Gén. 2:24).

Efesios 5:22-23 traza una correlación entre el esposo y la esposa, Cristo y la iglesia. Dios y Cristo son vistos a lo largo de la Biblia como el esposo o el novio, mientras que Israel y la iglesia son vistos como Su esposa o su novia desposada. Israel y la iglesia son uno y una misma cosa desde el punto de vista de Dios. Siempre ha tenido un y una sola esposa a Sus ojos. No se divorció de una y se casó con otra. Se divorció de la Israel ramera (Jer. 3:8) pero le prometió restauración en Sión (Zac. 3:14-19).

Juan el Bautista, dijo en referencia a Jesús, *“El que tiene a la esposa, es el esposo”* (Juan 3:29).

Jesús mismo comparó Su venida a una fiesta de bodas, en la que había cinco vírgenes sabias y cinco vírgenes descuidadas (Mat. 25:1-13).

Apocalipsis 19:7-9 dibuja esta boda del final de los tiempos de esa forma, *“Regocijémonos y alegrémonos, y démosle a El la gloria, porque las bodas del Cordero han llegado y su esposa se ha preparado. Y a ella le fue concedido vestirse de lino fino, resplandeciente y limpio, porque las acciones justas de los santos son el lino fino...Bienaventurados los que están invitados a la cena de las bodas del Cordero.”*

Parece significativo que las bodas de Caná tomaran lugar al tercer día de haber sido bautizado Jesús por Juan en el río Jordán, lo que marcó el inicio de Su ministerio. El número tres en la Biblia habla de la plenitud del testimonio. Por tanto, el tercer día alude a Cristo al ser manifestado en la gloria de Su resurrección (Hechos 10:40, Lucas 13:32).

De esta misma manera, el surgimiento de estos crucificados en esta hora final es la manifestación esperada (revelación) de los hijos de Dios de la que habla Romanos 8:18-19. *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.”*

Y aún más, creo que es significativo que la madre de Jesús Le dijera, *“No tienen vino”* Jesús le dijo: *¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora.”* (Juan 2:3-4).

De forma muy clara, Jesús no se estaba refiriendo a Su hora para hacer milagros, porque inmediatamente hizo uno. Se refería a la hora establecida de Su crucifixión. Al hacerlo, enlazó el acontecimiento de esta boda y del vino con el derramamiento de Su sangre preciosa en la cruz.

María sabiendo muy bien quién era este Hijo de ella y quizás teniendo una palabra de ciencia de que Él estaba a punto de efectuar este milagro, se volvió a los siervos y les instruyó que hicieran todo lo que Él les dijese (v.5). Los siervos no solo debían saber quién era María, sino que también respetaban Su autoridad en esta situación.

Creo que los siervos representan simbólicamente al ministerio, más específicamente los dones ministeriales de Efesios 4:11. (Si hablamos conforme a las Escrituras, cada creyente debería verse a sí mismo como un siervo, aunque también somos hijitos, hijos, sacerdotes, etc.).

La palabra griega usada en Juan 2 para siervos es *diakonai*. Esta es la palabra de la que procede la palabra inglesa “diacono”. Con frecuencia ha sido traducida como “ministro” en el Nuevo Testamento. Habla principalmente de alguien que está haciendo la labor de un siervo.

Los dones ministeriales que equipan de Efesios 4:11 tienen una unción particular del Espíritu Santo para predicar y enseñar la Palabra de Dios. Han recibido en encargo de la Palabra. En los primeros días de la iglesia, los apóstoles encargaron a la congregación que nombrara diáconos (*diakonai*) que se ocuparan de los asuntos temporales del cuerpo para que ellos se pudieran dedicar continuamente a la oración y al ministerio (*diakonai*) de la Palabra (Hechos 6:4-17). Tanto los apóstoles como los diáconos son siervos. Solo que tienen descripciones laborales distintas.

Pablo explicó que él y Apolos y estoy seguro de que incluiría a Pedro y al resto, no eran otra cosa que *“ministros por medio de los cuales habéis creído”* (1ª Cor. 3:5).

Así, la madre María dice a los siervos que hagan lo que Jesús les diga.

La obediencia es el distintivo de los crucificados. Cualquiera que a partir de este día no esté dispuesto a poner su vida del yo en deferencia hacia la Cabeza, Jesucristo, y que no esté dispuesto a obedecerle radicalmente en cada uno de sus caminos, se perderá este milagro final más grandioso de Dios. ¡Haz lo que Él te diga, aún al costo de ti mismo y de tu reputación!

Renovación de la Palabra

“Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua”, (Juan 2:6). Generalmente, en la Biblia el número “seis” habla del hombre.

Personalmente creo que 666 (Apoc.13:18) habla de la plenitud del hombre—ese tiempo en el que la mente carnal del hombre se habrá exaltado a sí misma al máximo por encima del conocimiento de Dios. Aunque no descarto la posibilidad de que una persona individual pueda ser el anticristo, la abominación que asola al Lugar Santo (Mateo 24:15; Dan. 9:27), en el presente me preocupa más la abominación de la mente carnal de los Cristianos que asola al Lugar Santo de sus espíritus.

El hecho de que hubiera seis tinajas, creo, habla de esta plenitud del hombre, y que fueran de piedra habla de nuestras propias vidas como vasijas. *“Tenemos este tesoro en vasos de barro...”* (2ª Cor. 4.7).

Por tanto, es significativo que Jesús, que es Él mismo el Agua de la Vida, dijera a los siervos (ministros), *“Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.”* (Juan 2:7).

En las últimas dos décadas más o menos ha habido una profunda renovación en la palabra de Dios hasta el punto de que muchas iglesias hoy día correcta o erróneamente, se denominan a sí mismas “Iglesias de la Palabra”.

Entre los evangélicos, el énfasis se ha puesto en la correcta interpretación de los pasajes de la Escritura, derivando lo que para ellos es la correcta doctrina de la fe.

Entre los carismáticos, el énfasis se ha puesto en el conocimiento de la palabra de Dios por uno mismo, confesando la palabra para obtener los beneficios que ha prometido, introduciendo la palabra en el espíritu, y entre otras cosas, usando la palabra para derrotar a las potestades de las tinieblas.

Esta renovación de la palabra de Dios ha desplazado el énfasis de la preeminencia de doctrinas y dogmas de iglesia hasta el punto de que muchos de los asistentes a la iglesia han rechazado la santidad de sus doctrinas denominacionales por completo. Para ellos, se ha convertido más en un asunto de regresar simplemente a la Biblia. Es un asunto de aferrarse de La Palabra.

Pero como dije al principio de este capítulo, hasta que el agua de la Palabra de Dios no se convierta en el vino de la sangre de Dios, no tendrá ningún valor redentor.

¡Los siervos obedecieron! Los predicadores respondieron a este mover del Espíritu Santo en la renovación de la Palabra. Han llenado los vasos de barro de los creyentes hambrientos de la Palabra hasta el borde.

Ahora bien, el llamado a estos siervos es que saquen algo del agua de las tinajas y lo lleven al maestresala. De lo que estamos seguros hasta este punto, es que el agua sigue en las tinajas. Pero en algún lugar entre la tinaja y el maestresala, el agua se convierte en vino.

En algún momento desde que el predicador fiel predica la palabra ungida de Dios hasta que ésta llega a los oídos de sus hacedores, el agua de la palabra debe convertirse en la sangre de la vida crucificada. Hasta que no lo haga, su poder redentor es nulo y hueco.

La Renovación de la Sangre

“Cuando el maestra sala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo,¹⁰ y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.” (Juan 2:9-10).

Ha habido satisfacción de vino hasta ahora. Buen vino. ¿Cómo no puede ser el vino de Jesús otra cosa que vino bueno y perfecto? Y sin embargo, hay la promesa de un vino mejor por venir. El mejor vendrá al final, es decir, el mover más grande el Espíritu Santo está aún por venir.

De la misma forma que ha habido una renovación de la Palabra en las últimas décadas, ahora debe venir una renovación de la sangre. No solo surgirá la revelación de la vida crucificada, sino que esa revelación se emparejará con el poder de Dios para cambiar el agua en vino, la palabra en la sangre.

Si al agua de la palabra que uno pueda tener, no se le permite convertirse en el vino de Su sangre, esa vasija caerá en engaño. Hay un peligro al adquirir conocimiento por causa de poseer conocimiento o con el único propósito de obtener algo para el yo.

No puedes tener la Palabra de Dios sin el Cordero de Dios. *“Este es el que vino mediante agua y sangre, Jesucristo; no sólo con agua, sino con agua y con sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres concuerdan”* (1ª Juan 5:6-8).

Primero viene el agua de la Palabra, después la sangre del Cordero, y después el poder del Espíritu Santo para transformar el agua de la palabra en el vino de la sangre, en todos aquellos que toman su cruz diariamente para seguirle a Él. Se necesitan los tres para completar el testimonio de Cristo en la tierra, tanto en Cristo mismo como en Sus crucificados.

Cediendo

Ningún hombre puede crucificarse a sí mismo. Es aquí dónde entran la gracia y el poder de Dios una y otra vez. Si alguno de nosotros alguna vez alberga la esperanza de ser parte de esta compañía, debemos estar dispuestos a hacer la única cosa que podemos hacer: ceder al fuego purgante y purificador del Espíritu Santo, cuyo deseo es llevarnos a la perfección. Sólo podemos presentarnos a nosotros mismos como sacrificio vivo.... (Rom. 12:1).

Nuevo Vino en Odres Nuevos

Este vino nuevo y mejor se ofreció en la fiesta de bodas de Caná, después de que todo el vino original se hubiera gastado. El primero era bueno mientras duró. Pero la parte que hemos tenido hasta ahora no es suficiente para ir hasta el final.

Permíteme cambiar la analogía. El vino que hemos tenido hasta ahora ha sido llevado por los odres de las tradiciones de los hombres. Estos viejos odres se han endurecido y se han vuelto quebradizos. No podrán contener el nuevo vino que está surgiendo ahora. En muchas situaciones, el evangelio mismo ha sido confundido con las tradiciones de los hombres que intentaron contenerlo. Los odres se han equiparado con el vino.

La carne siempre intenta contener los moveres de Dios institucionalizándolos. De este modo intentan ponerlos en pieles de su propia creación. Tarde o temprano, el énfasis está en la glorificación de esa piel, y no en el vino que contiene su interior. Se convierten en iconos de nuestra adoración.

Cada vez que tratamos de derramar un nuevo mover de Dios en los viejos odres de nuestras tradiciones, o cuando intentamos congelarlo para que dure para siempre, lo que hacemos es matarlo rápidamente.

Dios no está dispuesto a compartir su gloria con la carne. No nos ha dado el Espíritu para que el sistema de la iglesia ramera tenga un buen aspecto.

Este último y gran mover milagroso de Dios por el que Él transforma el agua en vino—la palabra en la sangre—no puede ser derramado en los viejos odres del iglesianismo. No busques este próximo gran avivamiento final dentro de las paredes de las denominaciones. No sucederá ahí porque no puede suceder ahí. Los que esperan ser parte de ello, tendrán que salir de ellos.

Por esta razón, Él está preparando para Él mismo Sus propios odres para Su nuevo vino milagroso. Es la iglesia sin muros.

“Principio de señales que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y Sus discípulos creyeron en Él...” (Juan 2:11).

La única forma en que Jesús puede ser glorificado es que Él sea exaltado en Su vida crucificada. Él dijo, *“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que cree, tenga en Él vida eterna.”* (Juan 3:14-15).

Y de nuevo dijo, *“Y yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo. Pero Él decía esto para indicar de qué clase de muerte iba a morir.”* (Juan 12:32-33).

Nada ha cambiado. La cruz de Jesucristo sigue siendo el único poder redentor en el mundo. Y la única manera en que Jesús es continuamente levantado de tal forma para atraer a todos los hombres hacia Sí, es para que todos los hombres puedan ver a este Cristo crucificado vivido en Sus crucificados.

Y siempre que los que sigan a Jesús en Su bautismo de padecimientos, los que sigan al Cordero en obediencia radical dondequiera que Él vaya, sean conformados a Su imagen, dejando que Él sea vivido en ellos como ese hijo manifiesto y compuesto de muchos miembros—siempre que éstos se conviertan en una realidad, ellos serán ese nuevo vino derramado sobre odres nuevos.

Se trata de la misma vida sacrificada de Jesús siendo derramada una vez más—esta vez a través de Sus crucificados: el anticipo de Tabernáculos.

Capítulo 12 – El Camino, la Verdad y La Vida

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 12 – El Camino, la Verdad y La Vida

Tal y como queda registrado en Juan 14:2-6, Jesús confortó a Sus discípulos respecto de Su marcha diciéndoles que si se marchaba, como debía marcharse, prepararía un lugar para ellos en la casa de Su Padre, y vendría de nuevo y los recibiría diciéndoles, *“para que dónde Yo estoy, vosotros también estéis”*.

Continuó diciendo, *“Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino”*. Pero Tomás Le contestó, *“Señor, no sabemos a dónde vas; ¿Cómo, pues, podemos saber el camino?”* Jesús aprovecho la ocasión para explicar que Él mismo es *“el camino, la verdad y la vida.”*

Él es el Camino, la Verdad y la Vida, y sucede en ese mismo orden.

El Camino

Primero, Jesús es el Camino, el camino a la salvación. Nadie puede venir al Padre excepto a través de Jesús (Juan 14:6).

Él es claramente la puerta de las ovejas (Juan 10:7). Los hombres intentan entrar en el reino de Dios a través de otras muchas maneras. Pero son ladrones y salteadores (Juan 10:1). Nadie puede entrar al Reino de Dios a menos que esté dispuesto a humillarse en la muerte y pasar por la puerta que es la persona de Jesús: ser sepultado con Él en Su bautismo y levantado con Él en Su resurrección. (Rom. 6:4).

Este es el ministerio del atrio exterior: el sacrificio del Cordero de Dios, el Salvador del mundo. *“Y llamarás Su nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados.”* (Mat. 1:21).

Él es el camino, el sendero, el sendero estrecho que lleva a la vida. *“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”* (Mat. 7:13-14).

“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte.” (Prov. 14:12).

Qué Jesús es el camino indisputable a Dios, para Dios es el debate de los hombres carnales hasta este día. Es un insulto a la mente carnal del hombre que se exalta sobre el conocimiento de Dios, que Dios pudiera ser de mente tan estrecha. Insulta al intelectual que quiere o bien creer que tiene dentro de sí mismo la capacidad para salvarse a Sí mismo, o que todas las religiones se canalizan hacia un Dios común.

Pero la revelación de Dios ha venido a través del unigénito de Dios, Jesús, el Mesías de Dios. Jesús dijo, *“El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”* (Juan 14:9). Éste es el camino de Dios a la salvación, *“Cualquiera que invocare el nombre del Señor, será salvo”* (Hechos 2:21). *“Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”* (Rom. 10:9).

El camino no es una fórmula, una doctrina, una religión ni nada de eso. El Camino es la persona de Jesucristo. Jesús como el Camino es el atrio externo de la Pascua.

La Verdad

No sólo Jesús es primero y principalmente el Camino, sino que Él es la Verdad. En numerosas ocasiones Él habló deliberadamente a los Judíos diciendo, *“verdad os digo...”* (Lee Juan 8:40-46).

Esto hizo no sólo para mostrar el contraste entre la verdad y la hipocresía de la religión de los Fariseos, sino para declarar quién era Él mismo.

No dijo simplemente la verdad. No conocía meramente la verdad. Él era la Verdad.

Jesús dijo a los Judíos que creían en Él que permaneciesen en Su Palabra. No dijo que permaneciesen en Sus palabras, sino en Su palabra (Juan 8:31). Esta fue otra forma de decir, *“permaneced en Mí”*, tal y como lo ilustró en Juan 15:1-8 (que habla de la vid verdadera y los pámpanos). Porque Jesús era la Palabra de Dios hecha carne.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:1,14).

Si los que creéis permanecéis en Su palabra, es decir, permanecéis en Él, entonces hay tres cosas prometidas:

- (1) Sois de hecho Sus discípulos
- (2) Conoceréis la verdad y
- (3) La verdad os hará libres (Juan 8:31-32)

Los Judíos se jactaron ante Jesús de ser descendientes de Abraham y de nunca haber estado esclavizados a nadie (Juan 8:33). ¿Cómo podía Él tener la audacia de decir que podía liberarlos?

Jesús explicó que estaban esclavizados al pecado (v.34). Eso era particularmente difícil de creer para ellos, siendo Judíos que habían guardado la Ley rígidamente y que habían hecho leyes ellos mismos. No obstante, Jesús les acusó de estar esclavizados al pecado.

Todavía tenían que entender que *“la letra mata, pero el Espíritu vivifica”* (2ª Cor.3:6).

Así, avanzamos de Jesús el Salvador, a Jesús la Verdad. Jesús es la verdad y prometió enviar al Espíritu Santo de verdad.

Jesús instruyó a Sus discípulos diciendo, *“Pero cuando venga el consolador, a quién Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, Él dará testimonio acerca de Mí”* (Juan15:26).

Después dijo, *“Cuando venga el Espíritu de Verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablara todo lo que oyere...”* (Juan 16:13).

Jesús, el Camino, apunta claramente más allá de la Pascua a Jesús, la Verdad, en la persona del Espíritu Santo que es la promesa del Padre: El Espíritu de verdad.

“Pero la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas y es verdadera y no es mentira, según Él os ha enseñado, permaneced en Él.” (1ª Juan 2:27)

Aunque Jesús y Su Espíritu son inseparables, no obstante, Él se describe a Sí mismo en estas varias manifestaciones: primero es el Camino, después la Verdad. La única forma de conocer la verdad es que el Espíritu Santo nos las revele. Por tanto, avanzamos desde el atrio externo de la Pascua, hacia el Lugar Santo de Pentecostés.

La Vida

Pero el Espíritu de verdad siempre apunta hacia Jesús.

“El Me glorificará porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:14).

El Espíritu de verdad siempre nos va a llevar a Jesús, el Salvador—de vuelta a la cruz. Pero la ironía es ésta: que el apuntar a Jesús siempre será una progresión en Él, un avanzar y un subir. Es un proceso que se inicia en la Pascua, va a Pentecostés hacia Tabernáculos, hasta el Tabernáculo de David. Porque el tabernáculo de David es lo que es prometido al final, no el Tabernáculo de Moisés.

“Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar.” (Hechos 15:16-17).

El tabernáculo de Moisés tenía el Lugar Santísimo detrás del gran velo en el que estaba el Arca del Pacto, el propiciatorio encima del arca y los querubines que descansaban en los extremos del propiciatorio (Éx. 25). Sólo el Sumo Sacerdote estaba autorizado para entrar al Lugar Santísimo, una vez al año, para expiar por sus pecados primero y después por todos los pecados del pueblo (Lev. 16, Heb. 9:2-7).

En contraste con esto, el Tabernáculo de David era meramente una tienda extendida en el Monte Sión, y el único objeto en su interior era el arca del Pacto (1ª Crón. 16:1).

El arca del Pacto estaba hecho de madera de acacia cubierta de oro y originalmente incluía las tablas de piedra sobre las que estaban escritos los diez mandamientos, el tarro con el maná y la vara de Aarón que reverdecía (Heb. 9:4).

El arca en sí habla de Jesucristo. La madera de acacia representaba Su humanidad y la capa de oro en el exterior representaba Su deidad.

Las tablas con los Diez Mandamientos representaban la Palabra de Dios. Jesús es la Palabra. Así que en todo esto, las tablas de piedra representaban a Jesús.

El maná es semejante a Jesús, que es el viviente pan de vida que descendió del cielo (Juan 6:49-51).

La vara de Aarón que reverdecía (Núm. 17) representaba la autoridad del Señor Jesucristo como el gran Sumo Sacerdote que entró en el Lugar Santísimo una vez y para siempre para expiar los pecados del mundo. *“Tenemos tal Sumo Sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.”* (Heb. 8:1-2).

Esto nos lleva a decir que cuando se trata del Tabernáculo de David, Jesús es el todo en todos.

Viene el tiempo en que el Espíritu de verdad nos llevará a ese lugar de descanso en Jesús en el que, por revelación, alcanzaremos la realidad de que Jesús ha terminado las obras de Dios, que Él es todo en todos, que Él es todo lo que hay.

Una vez que el creyente genuino se aferra a esta realidad, esto le libertará: *“Así que si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”* (Juan 8:36).

Así que Aquel que es el Camino, nos lleva a la Verdad; y Aquel que es la Verdad, nos lleva más adelante y más hacia arriba, hacia la Vida.

Habiendo llegado a Betania para levantar a Lázaro de entre los muertos (Juan 11:17-40), Jesús dijo de sí mismo a Marta, *“Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.”*

María corrió hacia donde estaba Jesús. Llorando, dijo, *“Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto.”*

Jesús gimió en Su Espíritu y después lloró. Pensaron que lloraba por Lázaro, por causa de su amor por él. Pero yo pienso que lloraba por su falta de percepción-no sólo por su incredulidad, sino por fracasar en reconocerle como el dador de vida que procedía de Dios.

Jesús dijo a Marta, *“¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”*

El dador de la vida, Jesús, había colocado todo esto en el contexto de la gloria. Así, hemos avanzado de Jesús el Camino, el atrio exterior de la Pascua, todo aquello que redime y justifica, a Jesús la Verdad, el Lugar Santo de Pentecostés, lo que santifica (separa) y nos llena de poder, hacia Jesús la Vida, el Lugar Santísimo de Tabernáculos, todo aquello que glorifica tanto al Padre como a Sus hijos.

Por tanto, avancemos en Aquel que ha ido delante de nosotros, hasta dentro del Lugar Santísimo, para que podamos verdaderamente permanecer en Él y Él en nosotros.

Capítulo 13 –La obra acabada de Dios

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 13 – La obra acabada de Dios

Con frecuencia, para poder ver y apreciar algo como un todo, primero tenemos que romperlo y ver todas sus partes. Eso es lo que en parte pretende hacer este estudio de los tres atrios y las fiestas.

Todas estas poderosas obras de Dios (justificación, santificación y glorificación, es decir, la salvación) fueron conseguidas por Jesús en Su obra acabada sobre la cruz. Cuando murió, la Biblia dice que el velo del templo se rasgó en dos (Mat. 27:51). Esto nos indica que ahora tenemos acceso al Padre por medio de la muerte de Jesucristo porque entró una vez y para siempre en el Lugar Santísimo como nuestro gran Sumo Sacerdote (Heb. 9:11-12; 10:19-22).

La única manera de que cualquiera de nosotros tengamos acceso al Padre es por medio de Jesucristo, que es *“el camino, la verdad y la vida”* (Juan 14:6). Y por causa de lo que hizo entonces, ahora estamos sentados con Él en lugares celestiales (Efe. 2:6). Podemos entrar confiadamente al trono ante Dios (Heb. 4:16).

No es como si tuviéramos que dar la talla sobre el fundamento de las obras para poder pasar de un grado a otro, hasta llegar a ese tercer grado. Es así como funcionan las órdenes secretas.

Dios quiso desde el principio que cada creyente llegara completamente a un lugar en el que Jesús fuera el Señor absoluto. No debería de suceder jamás que alguien se convierta primero, y sea “salvo”, recibiendo, tal y como es predicado, a “Jesús en el corazón como el Salvador”; y que después, semanas o meses, o años más tarde, sea convencido de tener que hacerle Señor. Jesús no es Salvador hasta que Él es Señor. Sólo cuando Él es Señor, entramos en una relación correcta con Él. Sólo cuando Él es Señor, le autorizamos por nuestra libre voluntad, para obrar Su salvación en nosotros. *“Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”* (Rom. 10:9). La Biblia American Standard dice: *“Si confiesas con tu boca a Jesús como Señor.”* El Señorío es el prerrequisito para la salvación.

El Evangelio completo, completo

Cuánto más leemos la Biblia, más descubrimos el “ser” de Dios, que Dios “es” y que todas las cosas en Él son hechos consumados, y que lo único que hay que hacer es creer.

De nuevo lo digo, Efesios 2:8 es la plomada. *“Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe...”* La gracia es la parte de Dios. La fe es la nuestra. Dios ya ha cumplido Su parte. Está acabada. Lo único que tenemos que hacer para aplicarlo a nuestras vidas es creer—no un asentamiento pasivo, mental de Dios de Jesucristo como el Hijo de Dios, sino una fe activa que viene por conocimiento de revelación y aviva nueva vida en nuestros espíritus.

Cristo es nuestra justificación, nuestra justicia, nuestra redención, nuestra santificación, nuestra glorificación, nuestra salvación. Él es nuestro todo en todos. Es todo en lo que Él es. De modo que cuando venimos a Él en creencia radical, entrega y

abandono totales, obtenemos todo lo que Él es. Cualquiera podría pasar de la justificación a la glorificación en una experiencia de conversión rápida.

Entonces, ¿Por qué no sucede así? Sugiero dos razones: una es porque Tabernáculos, aunque ha sido cumplida por Jesús, aun no ha sido cumplida en términos del propio horario histórico de Dios. Ha habido muchos santos a lo largo de los tiempos que han vivido una vida crucificada semejante, pero la promesa de la glorificación está reservada para el fin. *“Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él porque Le veremos tal como Él es.”* (1ª Juan 3:2).

La otra razón por la que no hemos pasado de la justificación a la glorificación en una experiencia de conversión es simplemente porque no ha sido predicado de esa forma. *“La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios”* (Rom. 10:17). Lo que es predicado, generalmente es creído y recibido.

Todavía no hemos predicado el evangelio completo. Los evangélicos predicán el arrepentimiento y el nuevo nacimiento, y así, la gente se arrepiente y nace de nuevo. Los Pentecostales y los carismáticos surgieron con la revelación del bautismo en el Espíritu Santo, hablando en lenguas desconocidas, milagros de sanidades y afirmando estar predicando el evangelio completo. En la medida en que esas verdades son predicadas, podrán ser entonces creídas, recibidas y actualizadas. Pero predicar solo la Pascua o la Pascua y Pentecostés, no es aún el evangelio completo. Solo dos de las tres fiestas están siendo predicadas.

Si los evangelistas hubieran de predicar el Señorío de Jesucristo y la vida consagrada, si el pueblo entendiera completamente el costo del discipulado y de todas formas decidiera seguir a Jesús, estarían vendidos desde el principio y no tendrían que ser arrastrados de un atrio a otro.

Una vez que se ha recibido una falsa enseñanza, es difícil renunciar a ello. Si hemos sido enseñados que el bautismo en el Espíritu Santo y las lenguas no son para hoy, es difícil echar abajo esas fortalezas en la mente. Si alguien es enseñado una versión engañosa de la fe y la prosperidad, es difícil llevarle a cosas más profundas en Dios. Lo que sea predicado, es con toda probabilidad lo que va a ser creído.

Pero en este último día, antes de que regrese el Señor Jesús, Él está purificando el mensaje del evangelio. Está restaurando las buenas nuevas de *“Jesucristo y Jesucristo crucificado”* (1ª Cor. 2:2).

La verdad del evangelio es que somos llamados no a ser salvos del infierno para que podamos ir al cielo una vez muramos. Eso es un subproducto de nuestra salvación. No hemos sido salvos para que podamos obtener todas las necesidades básicas para la carne en esta vida. Hemos sido llamados a seguir a Jesús en Su bautismo, que es la única manera de glorificar al Padre.

Del mismo modo que el Hijo sólo buscó glorificar al Padre, así Sus muchos hijos han de buscar glorificarle sólo a Él. Ese es nuestro único propósito para vivir como hijos de Dios.

Y del mismo modo que el Hijo fue glorificado al buscar glorificar sólo al Padre, así serán los muchos hijos glorificados al buscar glorificar sólo al Padre.

La única forma en que el Hijo glorificó al Padre, fue a través de la obediencia radical. Del mismo modo será con los muchos hijos.

Si estamos dispuestos a vendernos por completo y por adelantado a Él, podremos entrar en esa plenitud en Él. O podemos tomar el viaje de cuarenta años por el desierto para llegar ahí. Pero éste último es el camino difícil por el que viajar. Los que se rebelaron en el desierto, murieron en el desierto. Fracasaron en entrar en las promesas de Dios.

La carne nunca quiere venderse al Espíritu. Está vendida a sí misma. EL hombre del espíritu camina conforme al Espíritu de Dios y no conforme a la carne (Gál. 5:16).

“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” (Rom. 10:13). Hemos de invocar al Señor... Jesús... Cristo; es decir, Rey... Salvador... Ungidor. Cuando Él llega a ser Señor para ti por revelación, se convierte en tu Salvador. Cuando Él es Salvador, entonces es Ungidor. *“Os bautizará en Espíritu Santo y fuego”* (Mat. 3:11).

Prosiguiendo a la meta

Al establecer el mensaje del evangelio en los términos de los tres atrios y las tres fiestas, vemos de hecho que representan una progresión en la historia del cumplimiento del plan de Dios en el mundo, que Jesucristo como Señor es el cumplimiento de ellos en la plenitud del tiempo, que representan las tres etapas en las que los creyentes mismos pueden entrar, y que nadie tiene que quedarse por más tiempo en ninguno de los atrios previos, sino que puede y de hecho debe proseguir hacia la plenitud en Dios.

Deseo que aprendáis estas diferencias, pero aún deseo más que este estudio en la palabra de Dios os catapulte a cada uno de vosotros a ese lugar con Pablo, el Apóstol, que pudo decir de sí mismo:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por amor del cual, lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en Su muerte. Si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello por lo que fue también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago, olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” (Fil. 3:7-14)

Capítulo 14 – Heredando el Reino de los Cielos

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 14 – Heredando el Reino de los Cielos

Entrar en el Reino de los Cielos es el hecho de entrar en un nuevo y completo ámbito de realidad. Ves las cosas de Dios, de ti mismo y de la vida, que nunca habías visto antes, conoces cosas que nunca antes habías conocido y comprendes cosas que nunca antes habían comprendido.

Para empezar, llegas al descubrimiento del reinado del Señor Jesucristo. Si alguna vez antes tuviste dudas al respecto, estar en el Reino y verle a través de ojos espirituales, quita toda duda. Esto es verdad que llega por medio de conocimiento revelado.

Cuando el Padre abre tus ojos para que veas este nuevo ámbito de realidad, tienes fe para creer en el señorío de Jesucristo. Es decir, tienes fe para confiar en Él como Señor de toda tu vida. Hasta que no llegues a saber que sabes que Jesús es el Señor de todo, no habrás entrado completamente en el Reino de los Cielos.

Conforme a la escritura del Nuevo Testamento, podemos ver el Reino, podemos entrar al Reino y podemos heredar el Reino. La gente que está en el atrio externo de la Pascua a lo máximo podrá ver el Reino. Pero no disfrutará de los privilegios del entrar y de heredarlo.

Los que pasan de la Pascua a Pentecostés, no solo ven el Reino sino que entran en ello. El mero hecho de entrar en el Reino cambia la perspectiva que uno pueda tener sobre la realidad. Repentinamente, uno puede discernir asuntos espirituales. Las escrituras cobran vida y uno comienza a moverse en los dones del Espíritu y comienza a llevar más fruto del Espíritu.

Los que tienen hambre y sed de una vida completa en Cristo, no solo entran sino que comienzan a heredar el Reino. Hemos sido hechos herederos y co-herederos con Cristo. Es decir, todo lo que Él es, y todo lo que Él posee como el Señor de la gloria en Su Reino, es igualmente nuestro.

Esto no tiene ningún sentido en absoluto para la mente carnal del hombre no redimido que ni ha visto ni ha entrado al Reino. Cuando el pueblo de la Pascua comienza a hablar de su salvación, el pueblo del mundo se encoge en incredulidad. No tienen fundamento para creer en lo que no pueden ver.

No todo el que ha visto al Reino ha entrado a él. No todo el que ha entrado al Reino lo ha heredado.

Nadie, a la fecha y en esta vida, ha heredado completamente el Reino. Heredamos el Reino en grados. Tomamos la tierra poco a poco. Una vez que por el Espíritu hemos conquistado un área de vida del Reino por la que podemos vivir en completa seguridad de fe, entonces podremos avanzar al siguiente plano de realidad. Lo que es del Espíritu es más real que las cosas del mundo natural. *“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.”* (2ª Cor.4:18).

Cada vez que vemos una cosa nueva por el Espíritu respecto del Reino, heredamos eso, entramos en eso, tenemos el coraje de fe de caminar en eso; y después, eso se convierte en una realidad manifiesta en nuestras vidas.

Solo el pueblo de Tabernáculos puede heredar el Reino en su plenitud, porque requiere la entrega completa de todo. Esto no pretende sugerir elitismo. Por el contrario, el coste para los crucificados es grande. Tienen que sacrificar fama, fortuna, prestigio, reconocimiento, ministerio tradicional, poder, posición y reputación. Son mal interpretados y con frecuencia, se les toma por heréticos.

No obstante, las recompensas del Reino hacen que el coste valga la pena. Porque el pueblo de Tabernáculos y del Lugar Santísimo, llega a un lugar en Jesús, en el que nada de lo demás importa—y esa es la herencia final.

Capítulo 15 – Estando en la brecha

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 15 – Estando en la brecha

Ezequiel 22:30 dice: *“Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé”*

Esta palabra me vino en 1983:

“Busco a un hombre”; dice el Señor, “que esté por Mí en la brecha. Alguien que batalle contra el enemigo a favor de la Iglesia. Alguien que se atreva a ponerse toda la armadura de Dios, toda el atavío de la batalla, y ser todo lo que Yo requiera que él sea.”

“Requiero mucho de este hombre. Más de lo que él podría esperar ser en sí y de sí mismo.”

“Requiero que sea santo.”

“Requiero que sea puro de corazón.”

“Requiero que sea amoroso y humilde, amable, sabio y fuerte.”

“Requiero que sea conocedor de Mi Palabra y perfectamente obediente a la misma.”

“Requiero de Él la suprema alabanza de Dios.”

“Requiero de Él oración, la clase de oración que asciende a Mi trono donde yo puedo contestar en poder y fuerza”.

“Requiero de él perfecta obediencia a todo lo que Yo le digo que haga: que vaya donde yo digo, que haga lo que Yo digo que haga, y que sea lo que Yo digo que sea.”

“Requiero de él fe, la clase de fe que mueve montañas.”

“Requiero de él que ponga su vida a favor de los demás; que prefiera a los demás por encima de sí mismo, que no se preocupe por mañana ni por su vida.”

“Requiero de él que sea distinto, peculiar, escurridizo, incomprendido, despreciado de muchos, odiado, perseguido, abusado, y en medio de todo ello, requiero que dé la otra mejilla.”

“Requiero de él misericordia”.

“Requiero de él poder para echar fuera demonios, para sanar a los enfermos, para liberar a los cautivos, para proclamar el año agradable del Señor.”

“Requiero de él que sea perfectamente conformado a la imagen de Mi Hijo, cuyo nombre está por encima de todo nombre en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra.”

“Requiero de él que sea como Jesús”.

“No sólo requiero todo esto de él, sino que también le daré la capacidad para satisfacer todas estas demandas. Le doy a Jesús”.

“Si se vuelve a Mí de todo su corazón, abandona todo lo demás en su corazón, hace a Jesús el Señor de su vida, depositaré la misma vida de Jesús en su corazón por mi Espíritu Santo; y entonces habré encontrado al hombre que he estado buscando. Y él estará en la brecha por Mí.”

Capítulo 16 – La Novia

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 16 – La Esposa

Hay una sola narración desde el principio hasta el fin en la Biblia.

Es una historia de amor entre un esposo y aquella a quien Él pretende hacer Su esposa.

La historia comienza con una boda, una boda entre dos personas, un hombre y una mujer. “...y serán una sola carne” (Gén. 2:24).

Este primer hombre (Adán) fue hecho conforme a la imagen de Dios y fue planeado de Dios para ser como un hijo para Él.

Sin embargo, este primer hombre cayó de la comunión con su Padre-Creador cuando él Le desobedeció en el jardín de la vida. Habiendo caído, fue apartado de ese jardín de la vida para vivir bajo la maldición de la muerte. La muerte es la ausencia de la vida. Dios es vida y Adán ya no estaba por más tiempo en presencia de la Vida. “*Porque la paga del pecado es muerte.*” (Rom. 6:23).

Con esta historia comienza una historia de amor entre el Creador y Su ser creado.

Dios e Israel

A lo largo de la Biblia, vemos a Dios como al esposo y a Israel, como Su escogida, como Su esposa.

El ejemplo más impresionante de esto está registrado en Jeremías 3:6-8. Fue después de que Israel se dividiera entre el Reino del Norte, Israel, y el reino del Sur, Judá. El Señor habló a Jeremías en los días en que Josías era Rey, diciendo, “*¿Has visto lo que ha hecho la rebelde Israel? Ella se va sobre todo monte alto y debajo de todo árbol frondoso, y allí fornicó...*”

“Y dije: Después de hacer todo esto, se volverá a Mí; pero no se volvió, y lo vio su hermana la rebelde Israel.”

“Ella vio que por haber fornicado la rebelde Israel, yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá, su hermana, sino que también fue ella y fornicó.”

Dios había escogido a Israel a través de Abraham, Isaac y Jacob para ser para Él un pueblo escogido por Él mismo. “*Porque eres pueblo santo a Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra-*” (Deut. 14:2).

Pero por causa de su idolatría—por ir tras otros dioses, la cosa más grave de la que Dios ya les había advertido—Dios llamó ramera a Israel y a Judá. Esto lo describe vividamente Ezequiel 16. ¡Léelo!

Oseas el profeta, describe la relación de este esposo y esposa entre Dios e Israel en términos de su propia vida. Dios lo llamó a casarse con una ramera. Sin embargo,

aunque ella le abandona para regresar a su condición de ramera, él muestra un gran amor por ella comprándola en la subasta.

En esta gran historia vemos a Dios como si cortejara a la ramera Israel para que regrese a su amor. Ella no está dispuesta a amarle, aparentemente incapaz de hacer eso, por lo que Él mismo la compra para Sí. Por supuesto, vemos esto ahora ante el hecho de la redención de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor, que derramó Su preciosa sangre para comprarnos del pecado y librarnos de la idolatría.

Dios y la Iglesia

Esta relación de marido y esposa se desarrolla hasta el Nuevo Testamento con Jesús como el marido y la iglesia como la novia.

Es imposible ver a Israel y a la iglesia como entidades separadas. La iglesia de Jesucristo es meramente la extensión de Israel como el pueblo escogido de Dios. Israel y la iglesia son una personalidad a lo largo de la historia.

Lo que corresponde a la historia de Israel es nuestra historia en la iglesia hoy. Abraham es completamente nuestro Padre. Su historia es nuestra historia. Cuando escuchamos de Isaac y de Jacob, estamos leyendo de nuestros antepasados espirituales. Nos identificamos con ellos y ellos se identifican con nosotros, como siendo parte de ese cuerpo, de ese hombre, de esa persona, la esposa.

Pero la iglesia hoy, como la verdadera Israel de antaño, es igualmente capaz de caer en idolatría, como lo fue Israel.

Jesús y Su Esposa

Juan el Bautista reconoció esta relación entre Jesús y la iglesia como una esposa cuando anunciaba que *“el que tiene la esposa es el esposo”* (Juan 3:29).

Pablo escribió a los Corintios diciendo, *“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen pura a Cristo.”* (2ª Cor. 11:2).

Pablo escribió a la iglesia en Éfeso y comparó la relación entre Jesús y la iglesia con la de un marido y su esposa. En este hermoso pasaje, Pablo dice con tantas palabras que el esposo ha de mostrar la semejanza de Cristo a la esposa y que la esposa ha de mostrar la semejanza de la iglesia al marido; es decir, el esposo es un tipo de Cristo en el hogar y la esposa es un tipo de la iglesia (Efesios 5:21-33).

La palabra para iglesia en el griego es *ekklesia*, que de hecho significa “los llamados fuera” y es femenino en género.

En este pasaje de Efesios 5 leemos, *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella...”*

La palabra griega de la que se traduce el pronombre “ella” es *autes*, que significa “él”, “ella” o “ello” dependiendo del género de su antecedente. En este caso, el antecedente de *autes* es *ekklesia*; por tanto, debería ser traducido como “ella”. No es apropiado que los traductores utilizaran por error “iglesia” (“church” en inglés) en lugar de “llamados

fuera”, y “ello” en lugar de “ella” (en la Biblia en inglés), porque esto enfatiza esa falsa noción de que la iglesia es una cosa en lugar de una persona.

Una de las grandes idolatrías que se ha arrastrado por el cuerpo de Cristo a lo largo de la era cristiana, es esta elevación del Cristianismo institucional. En muchos, muchos casos, la iglesia, se ha convertido en un amor mayor que la obediencia a Cristo. Todo lo que pertenece al Cristianismo institucional se asume que es el Evangelio.

Amamos a nuestra iglesia. Servimos a nuestra iglesia. Nos unimos a nuestra iglesia. Intentamos que otros se unan a ella. Competimos con otras iglesias sobre quién es el mejor, el más grande y quién está en lo correcto. Nuestras iglesias se han convertido en nuestros “lugares altos” en los que nos adoramos a nosotros mismos, pretendiendo estar adorando a Dios.

Hay un mandato legítimo de la Escritura de no dejar de congregarnos. *“Considerémonos los unos a los otros para estimularnos al amor y a las buenas obras: no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos, y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca”* (Heb. 10:24-25). Hay una gran diferencia entre reunirnos con el objetivo de perpetuar a la iglesia local o a la denominación de la que podamos ser parte y reunirnos para estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras.

No solo hemos de congregarnos como el cuerpo de Cristo sino que hemos de reunirnos por el liderazgo del Espíritu Santo. Una cosa es ir a la “iglesia” y otra muy distinta es reunirse como la iglesia (los llamados fuera para reunirse en Cristo).

La Esposa sin mancha

Somos el Cuerpo de Cristo y como Su cuerpo, somos Su esposa acompañante. Y como siempre ha sido, Dios sigue cortejándonos para que Le amemos a Él y sólo a Él. Él sigue cortejándonos para poder ser nuestro primer amor.

Una cosa es decir que amamos a Dios, pero la verdadera prueba de nuestro amor está en nuestra obediencia. Jesús dijo en Juan 14:15 *“Si me amáis, guardad Mis mandamientos”*. (La traducción New American Standard dice, *“Si me amáis, guardareis Mis mandamientos.”*)

Jesús viene a por Su esposa.

Él viene a por una esposa sin mancha ni arruga. (Efe. 5:27).

Él mismo fue el Cordero de Dios sin mancha ni arruga (1ª Ped. 1:19). El Cordero sin mancha sólo puede unirse en una carne con una esposa sin contaminación. Por eso es que sólo podemos ser redimidos por Su preciosa sangre y no con cosas corruptibles (1ª Ped. 1:18).

La esposa sin mancha ni arruga es la que ha guardado la fe; es decir, ha sido fiel a su primer y único amor, Jesucristo, su Señor. Ella es una amante fiel.

Una Esposa amorosa

Jesús dijo, *“Si guardareis Mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en Su amor... Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros como Yo os he amado.”* Juan 15:10-12)

Habrà más juicio contra la iglesia por no haberse amado unos a otros que quizá por cualquier otra causa. Es principal y probablemente lo más difícil de conseguir. Pero Dios considera el amor a los hermanos como igual a nuestro amor por Él.

Es vitalmente importante que guardemos Sus mandamientos porque como Jesús dijo, *“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.”* (Juan 13:35).

Decimos que queremos ser testigos de Él y a menudo, lo que queremos decir con eso es que queremos ganar a alguien para el Señor. Sin embargo, el gran testimonio se basará en nuestro amor los unos por los otros.

¿Cómo nos amamos unos a otros? Jesús nos mostró cómo en Su vida consagrada. *“Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos.”* (Juan 15:13). Jesús llamó amigos suyos a los que hicieran lo que Él decía. (Juan 15:14). Si, como obedientes, somos considerados Sus amigos, entonces consideraremos que lo mejor es ser amigos unos de otros de este mismo modo—poniendo nuestras vidas en amor unos por otros. Me ayuda decirlo de este modo: poner el yo unos por otros.

No hay forma de poder entrar a las cosas más profundas de Dios, de poder acercarnos al gran trono de Dios, de poder entrar al Lugar Santísimo, si no amamos como Él amó.

Ser fiel a Jesús es ser fieles unos a otros. Amarle es amarnos unos a otros. Porque todos somos Su cuerpo. Lo que quiera que digamos o hagamos en contra unos de los otros, lo hemos hecho contra Él.

Cuando Saulo de Tarso estaba persiguiendo a los seguidores de Jesús, el Señor Jesús le confrontó en el camino de Damasco un día, apareciéndole en una luz cegadora y le preguntó, *“Saulo, Saulo, ¿Por qué Me persigues?”* (Hechos 9:4). Jesús ya había ascendido al Cielo y estaba sentado a la diestra del Padre. ¿Cómo podría Saulo perseguir a Jesús? Simplemente persiguiendo a Sus seguidores. ¿Ha cambiado algo hoy?

Una Esposa Santa

Atravesar el atrio exterior de la Pascua hacia delante hasta el Lugar Santo de Pentecostés, y al Lugar Santísimo de Tabernáculos, es avanzar de fe en fe, de gloria en gloria, es decir, ascender a un mayor amor y fidelidad: santidad.

Avanzar hacia un amor y fidelidad mayores, es estar separado de todo aquello que desagrade a Dios. Es un caminar de verdadera santidad.

Muchos interpretan la santidad, conscientemente o no, como la adhesión a un sistema de códigos morales que pretende controlar el comportamiento externo de los que creen en eso, o adherirse a ciertas doctrinas como la ley.

Pero la verdadera santidad se resume un mandamiento básico: amor. Si amas a Dios con todo tu corazón, alma, mente y fortaleza, todo lo demás se pondrá en su lugar. Te

separarás a ti mismo del pecado y de la idolatría. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Te involucrarás en la familia de Dios, animando y fortaleciéndose unos a otros en la familia de Dios. Procurarás que haya suficiente aceite en tu lámpara.

Muchos cristianos hoy esperan ansiosamente al rapto de la iglesia. Sus ojos están más en el rapto y sus corazones están más preocupados con escapar que en el Señor. Por el contrario, la verdadera esposa, está esperando ansiosamente ese glorioso día en que se una a su amor. Pero no quiere que ese día llegue antes de que se haya preparado.

Ese día viene pronto, pero no vendrá hasta que la esposa se haya preparado.

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el vino son las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: ‘Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero.’” (Apocalipsis 19:7-9).

La historia de m entre Dios y Su pueblo prosigue hoy día. Y en este día, Dios está separando el trigo de la paja, la esposa de la ramera. Él está exponiendo a la ramera y revelando a la Esposa.

Al ver poco a poco más de la naturaleza de la esposa, esa revelación por sí sola hará que surja la esposa.

Una esposa remanente

Es importante que todos los nuevos creyentes se tomen muy en serio el mandato de Cristo de *“erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.”* (Lucas 21:28).

Nuestra redención siempre ha dependido y continúa dependiendo completa y totalmente de Cristo y de Su sangre derramada como el Cordero de Dios. Él nos ha escogido. Somos llamados de Él.

No obstante, Él mismo dijo: *“Muchos son los llamados, pocos los escogidos.”* (Mateo 22:14).

A lo largo de la historia de Israel, Dios siempre se prometió a Sí mismo que un remanente sería salvo. Dios siempre ha tratado con remanentes. Va a haber una iglesia remanente. Va a haber un pueblo llamado de un pueblo en este último día, que mostrará la gloria del Señor, que surgirá como la esposa sin mancha ni arruga, fiel y amorosa.

Este remanente no consistirá de todos los que meramente afirmen ser cristianos, aunque muchos de ellos sean salvos. Ni siquiera incluirá a los muchos cristianos bien intencionados que saltan de gozo con la perspectiva del rapto. Sólo incluirá a quienes estén comprometidos fielmente en seguir al Cordero por donde quiera que Él vaya. *“Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que Él va.”* (Apoc. 14:4).

Éstos no constituyen un grupo de élite como lo mediría el mundo. Están escondidos, sin rostro, un pueblo que lleva la imagen de Su Padre, que no camina conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, que llevan fruto a ciento por uno, que se atreven a

morir al yo para que Su vida sea vivida a través de ellos, que entran en el Lugar Santísimo, donde Jesús es todo lo que hay, que son purgados, purificados por la obra santificadora del Espíritu Santo, y que están bien introducidos en su camino hacia el ser glorificados—no en la exaltación del yo, sino en la completa negación del mismo.

Alguien me preguntó una vez: “¿Quiénes son las diez vírgenes de que habla Mateo 25:1-13?”

Yo siempre había asumido que eran la esposa. Pero la pregunta me hizo darme cuenta de que no podían ser la esposa, al menos no las diez, puesto que las cinco vírgenes descuidadas no recibieron permiso para entrar. La esposa no está dividida de ese modo.

Después, en el contexto de este estudio, comprendí que las cinco que no tenían suficiente aceite representaban a esos creyentes del treinta por ciento, que están satisfechos de acampar en el atrio exterior de la Pascua y que rehusaron obtener para ellos mismos el aceite del Espíritu Santo. Tenían sus lámparas, que habían sido encendidas por el aceite del Espíritu, pero necesitaban más si es que había de alcanzar hasta la media noche.

Sé que esto ofende a nuestra ortodoxia, pero considera lo que Juan dijo en Apocalipsis 11:1-2. *“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo, levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.”*

Las otras cinco vírgenes tenían suficiente aceite y podían asistir a la fiesta de las bodas. Estos son esos creyentes al sesenta por ciento, quienes, sugiero yo, han recibido voluntariamente el bautismo en el Espíritu Santo, han ido más allá del atrio exterior de la Pascua hasta el Lugar Santo de Pentecostés, pero se han parado ahí. Han comenzado a acumular alrededor de los dones en lugar de alrededor del Dador, y de muchas maneras sutiles, han tenido la tendencia a exaltarse a ellos mismos en orgullo, en lugar de dejar que la unción los lleve al fin de sí mismos.

Pueden asistir a la boda, pero no son la esposa. Han fornicado, porque la fornicación espiritual es cualquier cosa para el yo. Pero del mismo modo que Israel no fue pueblo de Dios porque Él pidió carta de divorcio, permaneció la promesa de que una vez más volverían a ser Su pueblo (Oseas 1:9-10). Así sucede con la iglesia adúltera. Dios redimirá.

Yo sugiero que la esposa sin mancha ni arruga estaba ya en la fiesta de la boda con el esposo cuando salió el llamado: *“El que tiene a la esposa es el esposo”*. Estos son los creyentes al ciento por uno.

El corazón de Dios clama hoy antes del gran y terrible día del Señor, y está llamando a la esposa. El que tenga oídos, oiga.

Capítulo 17 – Sión

“Los Crucificados” – Charles Elliott Newbold, Jr.

Capítulo 17 – Sión

Israel / Judá / Sión

En los tiempos del Antiguo Testamento, Israel estaba dividida en dos reinos: el Norte, el Reino de Israel, a veces llamado por el nombre de su ciudad principal, Samaria, y el Sur, el Reino de Judá, que incluía la ciudad de Jerusalén.

El Reino del Norte, Israel, recibió de Dios el nombre de Ahola (Ezequiel 23:4). Fornicó hasta el punto de que Dios la entregó al olvido, para nunca más ser restaurada—sólo un remanente regresaría. Ahola significa “ella tiene su propia tienda”. Este nombre probablemente tuviera que ver con el hecho de que Israel, bajo el reinado de Jeroboam, abandonara la adoración a Yahvé en Jerusalén y estableciera su propia adoración, justificando así la adoración idólatra en Samaria (1^a Reyes 12:25-33).

El reino del Sur, Judá, recibió el nombre de Aholiba, (Ezequiel 23:4), semejante al de su hermana, y que significa “Mi tienda está en ella”. Este nombre pudo ser dado a Judá para dar a entender que el Templo estaba en Jerusalén como el verdadero centro de la adoración a Yahvé. A pesar de este hecho y de haber visto lo que su hermana traicionera había hecho y lo que le había sucedido, Judá cometió las mismas atrocidades contra Dios. Y así, fue exiliada a Babilonia durante setenta años (Jer. 25:11).

Pero el llamado de Dios alcanzó a los cautivos en Babilonia. “*Salid de en medio de ella, pueblo Mío*” (Jer. 51:45). Hemos de regresar a Sión, el monte santo de Dios (Jer. 31:6). Sión es ese lugar en el que descansó el Tabernáculo de David, donde Jesús es lo único que hay.

El Reino del Norte, Israel, es semejante a los que se encuentran en el atrio exterior, el Cristianismo institucional, los que están llenos de idolatría, que no ha de ser incluidos cuando la vara de medir de Dios sea puesta en la iglesia.

El Reino del Sur, Judá, es semejante a los Pentecostales y carismáticos que una vez vieron las atrocidades que cometió su hermana mayor, y salieron de ella para ser guiados por el Espíritu a un terreno más alto.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo cuando se volvió tan institucional, tan egoísta, tan legalista y tan idólatra como su hermana. La única diferencia radica quizás en que tomó con ella, además de su lámpara, una vasija de aceite—el aceite del Espíritu Santo. Logró entrar como asistente de la esposa, pero no es la esposa (Mat. 25:1-13).

Eso es lo más lejos que ella llega. El clamor por subir a Sión no está en su corazón. Sólo un remanente regresó de Babilonia con Zorobabel, Esdras y Nehemías. La mayoría del resto se conformó con permanecer en la comodidad de sus ciudades Babilonias.

El camino no fue fácil para los que salieron de Babilonia para regresar a Jerusalén. Tuvieron que contender constantemente en la tierra con un enemigo amenazante que se mofaba de ellos todo el tiempo.

Reparando el Muro

Los que regresaron tenían principalmente dos tareas en sus manos. Una era reedificar el muro alrededor de Jerusalén. Es un tipo de la guerra espiritual que está siendo llevada a cabo por los guerreros de oración que Dios está levantando hoy. Gracias a Dios por ese ejército de intercesores sin rostro que hacen la batalla por el resto del campamento.

Ha habido muchas brechas en el muro alrededor de la iglesia, muchos lugares por los que se ha colado el enemigo y ha asolado la ciudad de Dios. Son brechas de desprecio los unos hacia los otros, de legalismo perverso, dogmatismo y sectarismo.

Esas brechas están siendo reparadas. Como sucedió en los días de Esdras y Nehemías, así sucede hoy. Cada hombre ha de reparar donde vive. Ha de sostener su herramienta en una mano y su arma en la otra. Creo que el *ágape* (amor sacrificado) es la herramienta y la oración, el arma.

No se va a conseguir nada para Dios en esta hora a menos que primero se consiga en oración.

Reedificando el Templo

La otra tarea en sus manos, era la de reedificar el templo que había sido destruido.

Eso es exactamente lo que Dios está haciendo hoy. Está juntando a su cuerpo. Hay un solo *“cuerpo, y un Espíritu... un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos...”* (Efesios 4:4-6).

Esto no se está cumpliendo en el movimiento ecuménico del cristianismo institucional. Se cumple solamente en ese remanente que está dispuesto a responder al llamado de Dios a *“salir de ella, Pueblo mío”* (Apoc. 18:4). *“Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará Sus caminos y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová.”* (Isaías 2:3).

El remanente es la iglesia sin muros. La reunión del ministerio quíntuple para equipar en verdad a los santos para la obra del ministerio—un pueblo que se reúne solo en el nombre de Jesús para hallar fortaleza y para salir en el poder del Espíritu para el servicio.

El único muro alrededor de ellos es el muro de fuego del que habla Zacarías 2:5, *“Yo seré para ella muro de fuego en derredor y para gloria estaré en medio de ella.”*

Regresando a Sión

Así, la esposa no es el Reino del Norte, Israel, el cristianismo institucional, ni el Reino de Sur, que permanece en Babilonia, sino esos pocos desaliñados que se atreven a tomar la causa de Dios de regresar a Sión.

Son el Sión de Dios.

Es de ellos de donde sale la palabra... *“Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén (remanente) la palabra del Señor”* (Isaías 2:3).

Restaurando el Ministerio profético

Si no fuera por los profetas de Dios en el día de Zorobabel, que los animó a seguir edificando, y a no desanimarse por causa del enemigo, probablemente nunca habrían terminado su tarea.

Hay una restauración del ministerio profético hoy. Aunque muchos profetas están trayendo ánimo con profecías personales, y otros muchos predicen situaciones con exactitud, el verdadero profeta también va a hablar las palabras del Señor llamando a Su pueblo al arrepentimiento, a salir de Babilonia, a venir a Sión, a la santidad. Él llamará a la esposa.

El ministerio profético hoy es semejante a Juan el Bautista, semejante al de aquel que clama en el desierto, *“preparad el camino del Señor.”* (Mat. 3:3).

El surgimiento de la esposa, la preparación de la esposa para Su venida, es la preparación del camino del Señor.

Porque Dios viene a por Su esposa. Precisamente de eso va toda la historia completa de la Biblia. Si perdemos eso de vista, perdemos el significado completo de la escritura y de los propósitos de Dios.

Lo mejor es que dediquemos nuestro tiempo y energías no tanto en intentar conseguir cosas de Dios, o en llegar a acuerdos unos con otros respecto de nuestras doctrinas, o edificar grandes congregaciones y los edificios más grandes, sino en buscar el rostro de nuestro Esposo.

Ella se ha preparado. Ese es el tema. Aunque no yo, sino Cristo que vive en mí.

Como era en un principio

Ahora bien, observa este principio final: como era en un principio, así será también al final.

El primer Adán fue hecho en las manos de Dios. De su costado salió la esposa. De este modo:

Del hombre, salió la mujer.

Jesús nació de la virgen María. Ella concibió por el Dios Altísimo cuando el Espíritu Santo vino sobre ella (Lucas 1:35).

María es un tipo de la iglesia-madre. El Espíritu Santo trajo un hijo espiritual, el unigénito del Padre. María fue escogida porque halló favor de Dios (Lucas 1:30). De este modo:

De la mujer, vino un hombre.

Después Jesús murió en la cruz y derramó Su preciosa sangre. De Su costado salió agua y sangre, y así es como Él dio a luz a la iglesia. De este modo:

Del hombre, vino una mujer.

Ahora bien, en esta última hora, Dios quiere repetir el ciclo como la iglesia-madre de Apocalipsis 12, que tiene dolores de parto para dar a luz al hijo varón.

Jesús fue el Hijo de Dios. Ahora Dios está revelando muchos hijos traídos a la gloria. De este modo:

De la mujer vino un hijo varón.

Después, en el ciclo final, este hijo varón dará a luz a la esposa preparada que no tiene mancha ni arruga ni cosa semejante.

De este modo:

Del hombre vino la mujer: Eva.

De la mujer vino el hombre: Jesús

Del hombre vino la mujer: la Iglesia

De la mujer vino el hombre: el Hijo varón—un hijo compuesto de muchos miembros

Del hombre vino la mujer: la Esposa

Como era en un principio, así será también al final.

De la Pascua a Pentecostés, a Tabernáculos (Sión).

Cuando el hombre, delante de Dios, se une a su esposa, ambos son hechos una sola carne. La esposa de Cristo es una con Cristo, y se ha preparado antes de que Él venga. Ella se convierte en Él, permaneciendo en Él y Él en ella.

Cuando Dios reproduce hijos, reproduce hijos conforme a Su semejanza—siente de Su simiente.

Por tanto, la madre, siendo una con Dios, está produciendo hijos semejantes a Dios. Así, Dios viene a por Sí mismo. Él tomará para Sí y para Su trono, a aquellos que llevan Su imagen, que son siente de Su simiente, hijos de Dios: Sus crucificados.

El que tenga oídos para oír, que oiga. 📖